

Saudade por Gary Coleman

Saudade por Gary Coleman

Hernando González Rodríguez

Primer Puesto Cuentos
IX Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

© Hernando González Rodríguez
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN 978-958-98290-7-3

Primera edición: Diciembre de 2009

Coordinación editorial: Dirección de Comunicaciones
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.
Diseño y diagramación: Taller de Edición
Impresión: Litoimpresos y Servicios.
Primer puesto categoría Cuento.

SAUDADE POR GARY COLEMAN
HERNANDO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2009.

124 p. ; 21 cm.

Primer puesto. IX Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

1. CUENTOS. Título.

Impreso y hecho en Colombia | Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier
medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita
de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

A Albertina

Índice

Las mañas de Edipo	11
Saudade por Gary Coleman	17
Adiós y perdona	29
Las mesas del cielo	35
El fuego sagrado	43
Del príncipe Ahmed y la carne de las perdices	55
Animales de caverna para siempre	63
La saga de la mariposa	73
Mateo o la invulnerabilidad de los sueños	93
El dulzor del verano	103
La hermana de Orfeo	119

LAS MAÑAS
DE EDIPO



ENTRÓ AL PALACIO Y SE DEVORÓ A SÍ MISMO.

Comenzó por las uñas de los pies. Tenían un sabor soso, una consistencia de junquillo, pero no eran indigeribles. Paciente, las maceró entre las muelas hasta convertirlas en fino polvo córneo que el bolo de saliva transportó sin dificultad garganta abajo.

Continuó con los pellejitos de los dedos, con los padrastrós y los callos, más blandos que las uñas, absueltos de sosez por el ácido tufillo de la traspiración. En seguida comió los dedos mismos, con un carácter ecuánime, sin remilgos, masticando por parejo la carne y los huesecillos.

Comió sus pies con una meticulosidad extraordinaria. En una circunstancia distinta de la suya y si hubiera tenido a mano un salero, no habría dudado en espolvorearles sal. Los hubiera adobado con toda suerte de especias, ornándolos luego con hierbas y flores de sazón, pero se conformó con comérselos limpios.

Comió sus pies de manera tan concienzuda que estuvo a punto de perder el apetito. Mas se obligó a seguir. Aunque nunca se jactó de ello, poseía duras mandíbulas y molares poderosos, amén de una lengua de recia y vivaz musculatura. Así que el cansancio

que amenazó con derrotarlo –con los huesos del talón y del tobillo tuvo que duplicar su destreza y su paciencia– fue superado por la reciedumbre de su organismo, lo mismo que por la tenacidad de su resolución. Por otra parte, en sus reconditeces una gula inimaginable se complacía con la certeza de que una porción sustanciosa lo esperaba al final del banquete: los ojos.

De modo que de las pantorrillas hacia arriba realizó un trabajo de carpintería. Comió sus piernas con mañas de rumiante, despacio, sin afanes. Jugó con la rodilla en la boca cual si estuviese comiendo un caramelo compacto, desgastándola con el roce erosivo de la saliva, los dientes y las paredes bucales. Fue ascendiendo. Comió sus muslos y sus fémures con artes de glotón medido, triturando bien, disponiendo en el estómago las celdillas necesarias para una buena digestión.

No estaba exento de impaciencia. Comió su sexo con un tirón rabioso, con una dentellada feroz. Lo deglutió de un envión.

En la cintura recobró la ecuanimidad. Comió su centro, su ombligo, con la delicadeza de quien trata una flor de tamo. Pareció ensoñarse, olvidarse de sí mismo, de sus tragedias y sus penas. Pareció vacilar de nuevo, quedar inapetente, como si en este punto le entraran ganas de reconstituirse, de vomitar la mitad ingerida, de hacer otro Edipo, otro sexo, otras piernas, otros pies y comenzar a caminar de nuevo. Con otros pies haría otro hombre, otro camino, otra ciudad, otros congéneres, otro mundo. Quizás un mundo más dócil a los sueños. Un mundo más feliz.

Siguió vientre arriba y comió su abdomen, sus tripas, su propio estómago, sus vísceras, sus costillas, su corazón. Comió su corazón. Comió sus hombros, sus brazos, sus manos. Comió sus manos. Comió su espalda, su cuello. Comió su mentón, su boca, su nariz, sus orejas, sus mejillas, su cabello, su cráneo, su cerebro. Comió y comió. Comió desesperado, porque otra vez había perdido la paciencia, porque devorarse a uno mismo viene a ser tarea de cíclopes, porque, vaya paradoja, al devorarse, un hombre descubre el monstruo de adentro. Al devorarse, domestica a ese monstruo y lo transforma en algo más cercano a sí mismo.

Comió y comió y al final se encontró con la mirada desvalida de sus ojos, con la mirada del hombre que entra en su casa para cumplir la cita con el sino. Entonces comió sus ojos. Los comió hasta la médula. Comió las visiones pasadas y futuras. Comió la encrucijada del destino. Comió el lecho maldito. Comió a Tiresias, a Layo, a Yocasta. Comió a Creonte. Comió a sus hijos. Sus pobres hijos. Comió los paisajes de la niñez y comió las nieblas de la vejez. Comió otra vez sus pies en los ojos que ahora eran pies, eran ojos, ojos múltiples, Argos amigo, Homero. Comió sus ojos enjugando una lágrima. Esa lágrima represada en el fondo de su historia. Lágrima de la estirpe, quizás de la esperanza. Comió la vida.

Satisfecho, un último lengüetazo recorrió las cuencas vacías.





SAUDADE POR
GARY COLEMAN

“DURANTE OCHO AÑOS LA FRASE DE QUÉ ESTÁS HABLANDO Willie hizo célebre y millonario a Gary Coleman, el actor que la decía con cierta frecuencia en la comedia *Blanco y negro*... Coleman no pasó de los 1,40 metros de estatura como consecuencia del problema de enanismo que lo aquejaba de tiempo atrás y por el cual tuvo una insuficiencia renal que lo obligó a realizarse varios trasplantes... En 1999 Coleman se declaró en bancarrota luego de un largo juicio contra sus padres adoptivos por haber derrochado su fortuna... Coleman ha tenido dos intentos de suicidio con píldoras para dormir...” (*Revista Semana*).

—¿Vamos donde Graciela?

San Juan se había dormido en el sonsonete de nuestra charla y la del mar. El mar estaba al otro lado de las plataneras y los cocoteros, detrás de la finca del gordo y saleroso Aristides Angulo, guardado por la cortina de la noche y por los fantasmas de las leyendas. El portón de la finca de Aristides Angulo era un umbral de lo fantástico. Al traspasarlo e internarse en el predio, hasta

el trabajo cotidiano de Aristides apilando los plátanos en el claro frente a la casa poseía algo de visión. Rumbo al mar uno caminaba entre flancos vegetales, salpicados por el exotismo de los mangos, los árboles del pan y otras matas exuberantes. Decían que en la playa entre San Juan y Uveros un caballo blanco sin cabeza corría brioso hasta el alba. Pero nosotros, que siempre habíamos postergado la determinación de ir a ver a la bestia, la hicimos a un lado una vez más y buscamos otra ruta al deseo.

—¿Vamos donde Graciela?

Habíamos bebido un par de cervezas en el bar Tiburón y después, hablando cualquier cosa, sin hallarnos, dimos varias vueltas a la plaza. Echamos una ojeada en el billar de Franklin y reculamos: una clientela de rapaces entretenía el fastidio del viejo. Ni siquiera la luna bonita nos congraciaba con el mundo. La luz eléctrica se fue un rato y el resplandor lunar nos guió por las callejuelas. Por unos momentos cesó el alboroto de la música en el estadero de Nemesio. El plenilunio enfantasmaba a San Juan. Los luceros titilaban en un cielo azul claro. En la plaza unos cuantos parroquianos trasnochadores tenían cara de fiesta aguada. La luz vino y nos encontró bebiendo chicha de arroz en el murito de Melitina: una desazón maluca nos hociqueaba.

—¿Vamos donde Graciela?

—Vamos, pues.

El salero del baile y del andar de Aristides Angulo era popular en San Juan, lo mismo que su intransigencia: una noche deleitaba

a la gente bailando en las fiestas y al día siguiente la escandalizaba haciendo poner preso a un muchacho que había cogido unos cocos de su parcela, insensible a los ruegos de la madre del infractor.

Nada en nuestro paso recordaba la gracia danzarina del viejo finquero y quizás tampoco su severidad. En la Biblia dicen que a las puertas del Paraíso hay ángeles guardianes. Tal vez la indolencia y la orfandad con que nos internábamos por las calles mal iluminadas solicitaba de algún modo númenes protectores, acaso para despreciarlos y despedirlos en el acto, porque no queríamos testigos de nuestra incursión. Quizás Dios se rebeló algún día contra los ángeles custodios del Edén, porque de tanto que lo han guardado y porque la corrupción no hace distinciones, lo habrán convertido en un lupanar.

El caminar donairoso de Aristides Angulo seguía acusándonos. Marchábamos con modos torpes, huraños y furtivos. La red del Maligno siempre está tendida, evita una mala hora decían las matronas: estas sentencias parecían bordonar en nuestra mente.

Llegamos a los fatigados y polvorientos rosales del parquecito de la Cruz. Una parejita disimulada en la sombra quizás nos recordó una cita: el mar.

A la salida del pueblo dimos con la casa. Hacía esquina. Dos pimientos pequeños y frondosos ornaban el frente. Era una vivienda ordinaria, rústica, como todas las que la rodeaban. Los tablones de la fachada estaban pintados de verde. Unos escalones de madera llevaban al pequeño corredor externo. El techo era de zinc. Acaso

por un acuerdo tácito con los vecinos la dueña se contenía de poner música, para no perturbar la paz del barrio. Tal vez por esto la habían aguantado allí. Aunque de puertas para adentro Graciela vendía licor, aquello no era una cantina. Si algo había aprendido a lo largo de tantos años era a ser cauta.

Graciela bostezaba. Y su bostezo era como un desafío o un insulto. Estaba en la entrada, sentada en un taburete, sola, contemplando la noche con un sosiego de esfinge. Era una mujer vieja, magra, con una boca lacia, donde faltaban algunos dientes. Parecía eterna, una alegoría del vicio materializada en un tosco formato: camisilla verde, falda oscura, rulos en la cabeza.

–Solo hay una muchacha –dijo Graciela, y se apresuró a añadir:
Es nueva.

–¿Cuándo llegó? –inquirió Peyo.

–Esta tarde.

–¿Cómo se llama?

–Mileidi.

–¿Está libre?

–Sí, entren.

Graciela nos precedió y cerró la puerta tras nosotros. Un foco de luz débil y amarillosa iluminaba la salita. El piso era encementado. Las paredes estaban empapeladas de periódicos viejos, algunos desgarrados, donde resaltaban titulares e imágenes que a pesar de caducos creaban la ilusión sensacionalista de la novedad. Un congelador destartado ocupaba un lado de la

pieza. Al otro extremo había una mesa con una jarra de agua y unos vasos. Tres o cuatro mecedoras se repartían el espacio. Tres cuartos más, cerrados con llave, se adivinaban en el trasfondo.

Las paredes forradas de periódicos conjugaban la intención decorativa con la diligencia del coleccionista: la farándula, el mundo de los ricos y famosos. Era como si Graciela intentara contrarrestar la desolación de su casita de tablas con el artificio de mansiones y castillos de papel.

Una muchacha pálida se estaba limando las uñas en la mecedora, la cabeza coronada por un fondo impreso de despampanantes reinas de belleza. Tenía un radiecito en el regazo. Pasito, un vallenato tristón sonaba en el aparatejo. Nuestra entrada pareció arrebatarla del sopor. La tez y el cabello de la muchacha eran claros. Su vestido era verde, de una sola pieza, con una cinta del mismo género atada en el talle. En vez de zapatos, calzaba tenis bajos, sencillos. Sus ojos zarcos nos midieron.

–Siéntense –nos invitó Graciela.

Le hicimos caso.

Graciela nos dirigió una mirada acuciante.

–Dos cervezas –dijo Peyo, interpretando el gesto de la dueña.

Graciela abrió el congelador y sirvió las cervezas.

–Ven, Mileidi, atiende a los señores –dijo a la muchacha, haciendo gala de su lenguaje profesional.

La muchacha guardó la lima en un estuche que tenía a la mano. Se levantó, dejó en la mesa el estuche y el radio encendido. La voz

jacarandosa de un locutor caribeño se encadenaba con los vallenatos.

–Mileidi, ¿un ron? –la invitó Peyo, ilustrado en las normas de la casa, antes de que Graciela le recordara el código de cortesía.

–Bueno, con limonada.

–Ya lo sirvo –dijo Graciela. Y el mío también, Peyo, ¿cierto?

–Claro.

La bebida en la mano, Graciela se acomodó en su silla. Mileidi mezcló el ron y lo bebió de un trago. La charla nos entretuvo todavía unos instantes. Al fin Graciela nos miró a la cara y dijo:

–Al grano. Mileidi está lista. Hablemos de negocios.

Regateamos un poco y acordamos la tarifa.

–¿Quién entra primero?

–Mi primo –dijo Peyo.

Seguí a la muchacha a la pieza. Las paredes tenían el mismo empapelado que la sala. Eché una mirada al vuelo sobre los periódicos y sobre el escueto moblaje. Mileidi se desvistió rápido y se echó en la cama en una actitud mitad apremio, mitad fastidio. Mientras me desvestía y luego mientras me desahogaba percibí el mascar de un cerdo al otro lado de la pared, en el patio. Escuché los quejidos lascivos de Graciela, a la que mi primo hacía objeto de atrevidas caricias, y me asombré del poder del erotismo en la mujer, pues Graciela, senil, exteriorizaba una pasión invicta.

Graciela también solía ofrecer sus servicios, pero siempre como último recurso. No había renunciado al amor. En ocasiones, de improviso, la vida le obsequiaba instantes de goce y ella los recibía

como una merced inestimable. Mientras hacía un amor frustrante con la desabrida muchacha, casi sentí envidia de lo que sucedía en la salita, donde un mozote ciclópeo satisfacía el eterno furor libidinal de una abuela. Gozaban. Mis incursiones burdelescas pocas veces fueron afortunadas. Sentí al cerdo recorrer la pared de un extremo al otro, siempre mascando, gruñendo y rascando su costado contra los tablones. Aunque me vestí rápido, comprobé que mi compañera me había ganado, tomándome la delantera también en abandonar el cuarto, echándome una mirada irónica al salir. Me dieron ganas de quedarme allí un buen rato, encerrado, llorando. ¿No es burdo y canalla el instinto que nos lanza al amor mercenario? Evoqué el rostro de una joven de familia y costumbres gazmoñas y mi maldad la emponzoñó escribiéndole en la mente una imaginaria misiva erótica. Me daba pena pasar por su casa, saludarla atreviéndome a vencer el cerco protector de su parentela. Ahora no tenía ningún empacho en invitarla fantasiosamente a dormir conmigo en el prostíbulo de Graciela. Las mujeres virtuosas, contrario a lo que se cree, exacerban nuestros impulsos perversos.

Mileidi regresó a la salita: el dinero del único cliente había salvado la mala noche. Se fue a charlar con Graciela y Peyo. Peyo pagó una botella de ron. Graciela trajo vasos y una jarra con hielo y los acompañó, pero no bebió. La frivolidad es un arte que la mujer ha refinado a través de la historia. La vieja sazonó el rato con chismes e infidencias de sus habituales. De José Villalba, el próspero hacendado, dijo que tenía gustos de lecho anormales: siempre quería

hacerlo por la retaguardia. Pomponio, el jayán vendedor de hielo, del que el pueblo se burlaba por su obsesión burdesca, tenía una herramienta de burro. Las muchachas se lo disputaban y hasta se lo daban gratis. Graciela relataba estas anécdotas con la gracia de una buena anfitriona. Al igual que la piedra de Rosetta reveló al arqueólogo el significado de las inscripciones antiguas, ante su voz me parecía discernir la trama del desasosiego humano.

Me irritaba escucharlos. No quise abandonar el cuarto. Sentado al borde de la cama me puse a observar un artículo del empapelado sobre el nochero: “¿QUÉ PASÓ CON GARY COLEMAN?”. Un recuadro pequeño en el centro de dos columnas mostraba la foto estilo documento de un negro regordete: Gary Coleman. El negro del periódico me hizo acordar de Turbo, las cabañas de tablas, las calles próximas al Wafe, el puerto, el olor podrido de las aguas, las embarcaciones, algunas con motor fuera de borda, el mar. ¡Negros de Turbo! ¡Chocoanos! Me hizo acordar de un negro alto y macizo, un estibador, a quien veía a menudo en mis paseos por el muelle y a quien en mis adentros me regocijaba llamar John William Coltrane. Me hizo acordar de *A love supreme* y quise extraviarme por mares y praderas buscando los soles de ese saxo. Me hizo acordar de una negraza turbeña de rasgos bastos y voz ronca, a la que vi una tarde de hace años. Imaginé a esa negra cantando bellos *spirituals*. Me atrajo tanto la promesa musical avizorada en su cuerpazo, que me senté junto a ella. “Soy una pasatrabajos, una mendiga”, me dijo. Esta mujer sería una buena madre para ti, Gary,

me dije. Una mujer gorda, un traje gordo, sabes lo protectores que son los trajes gordos. Además quién sabe si un día ella atina a cantar *spirituals* que nos rediman de tanto despelote, de tanta miseria. Quién sabe.

Gary sonríe sin mostrar los dientes, abultando los cachetes, llenos de por sí. Por qué no enseñas los dientes, negro, le regañé, de seguro son blanquísimos como los de uno que avisté un día en el Parque Berrío. Qué dientes tan blancos, qué sonrisa bella la de ese morocho. Me conformé con la albura de la camisa de Gary, puesto que mezquinaba la de sus dientazos. Diseño elegante el de la camisa, a pesar de ser *casual wear*. Creí adivinar una gargantilla de oro en su cuello. No sería raro.

Todavía no me decidía a leer el artículo. Era como si el rostro carnoso de Gary tratara de actualizar lazos de identidad entre nosotros a través de una prensa desactualizada.

–Bueno, Gary, ¿qué es lo que quieres? –le dije.

Creí escuchar que Gary me respondía:

–Lee.

Le obedecí. Leí la noticia. Hablaba de los reveses de Gary Coleman, de su iliquidez, que la ruina lo llevó a trabajar en un estacionamiento, que era motivo constante de burlas en diferentes series, que tuvo líos con la justicia por golpear en la cabeza a una fan que le pidió un autógrafo. Me dio saudade, coraje.

–Suerte negra –mascujé.

Entonces el recuerdo de la negra de los ansiosos *spirituals* me

arrojó por los meandros de la nostalgia. Era el mar el que pugnaba tras bambalinas. El mar. Recordé el mar de Turbo, a tío Marcelino. Tío Marcelino tenía una lancha. Una vez me dijo ven conmigo y subió a su embarcación. Lo imité. Tío Marcelino encendió el motor, maniobró el timón y me llevó al azul. Sí, el paisaje todo era azul. Azul airoso, intenso, del golfo de Urabá, del mundo. Qué inolvidable paseo. Ahora encontraba el mar de las leyendas, el caballo sin cabeza, en Gary, en su pelo, su bamba y su nariz de negro.

Es que ignoramos dónde y bajo qué formas se nos aparecerán los monstruos o los ángeles.





ADIÓS
Y PERDONA

EN CINCO MINUTOS ESTARÉ MUERTO. NO ME MIRES con esa cara de escándalo ni me reprendas por venir con temas tan importunos. Es la verdad. En cinco minutos estaré muerto. Deja que te participe esta anticipación. Al cabo, eres mi esposa, quien me ha acompañado durante estos años y quien tendrá que cumplir mi postrera voluntad. Voy a morir de muerte natural y voluntaria. Mi determinación es que me cremen. No te irrites, mujer. Ven, sigue mi ejemplo, siéntate. Así estamos más cómodos. Siempre he sentido pavor a la idea del ataúd, de la bóveda, de la putrefacción. Mi designio es, pues, que me cremes. Con mis cenizas haz lo que mejor te parezca. No sueño con que las arrojes al mar o las siembres en el campo. Esas preocupaciones póstumas no van conmigo. ¿Qué me pasa? ¿Por qué hablo así? Ya sé, crees que he perdido el juicio, que me chiflé. No es así. Estoy más sensato que nunca. He decidido morir voluntariamente y de muerte natural. Reconozco que estas dos cosas no compaginan mucho. Sin embargo, debes creerme. No voy a suicidarme. No haré violencia contra mi cuerpo. Moriré sosegadamente, mientras converso contigo. No te pongas así. No gimas. Siéntate. Disfrutemos plácidamente los últimos instantes.

Estoy muriendo. Mi respiración se ha sincronizado con la cuenta regresiva: cinco minutos. Acompáñame, ¿quieres? ¿Por qué lloras? En esta salita hemos pasado los más bellos momentos. En ella quiero declararte que muero. Mira los muebles: cada rasguño de la madera, cada rotico de la tela me es familiar. A ellos, a los muebles, les estoy diciendo, como a ti, que muero. Ellos me miran serenos. Tú alborotas, exorbitas los ojos, vas de un lado a otro y no atiendes mi exhortación a que te sientes, a que te pongas cómoda y me hagas compañía en los escasos minutos que me restan. ¿No puedes complacerme? Mira, he regresado del trabajo como todos los días: he puesto el maletín en su sitio y en vez de descalzarme y ponerme ropa cómoda para estar en casa, te he confesado que moriré en cinco minutos. Tú has vuelto la cara hacia mí, toda alterada y como pensando que bromeo. Pero no es broma. Estoy muriendo. Por eso te pido que me acompañes. No, te repito que no me fue mal en el trabajo. Al contrario, fue un día de los mejores. Uno de esos días en que uno saborea la plenitud de la labor realizada, en que uno queda satisfecho, ligero. No, en lugar de salir malhumorado, renegando, como ocurre en ocasiones, salí alegre. No abordé el transporte de inmediato, como suelo hacerlo, sino que vine caminando un trayecto largo, caminando despacioso, solo, para gozar palmo a palmo esa alegría. Aún me dura. Estoy alegre. ¿No puedes compartir mi contento? ¿Tienes que tergiversarlo con tus revuelos y tus reproches? Te estoy hablando de lo más íntimo y sagrado que una persona puede hablar, de su muerte. Y te pones

así y me miras como a un demente y te tiras los cabellos y vas de aquí para allá y no te sientas, cuando yo quiero que te sientes aquí, junto a mí, y me hagas compañía. Te estoy hablando de mi muerte y no me escuchas. No, no quiero cenar ni quitarme los zapatos ni descansar echado en el sofá. Estoy más descansado que nunca, créemelo. Esta conversación es quizás la más importante que habremos tenido en la vida. No la mezquines. Ven, conversemos. No de las lluvias interminables ni de los líos de tus amigas ni de lo cara que está la carne, no. Quiero que sepas que moriré en unos instantes, que estoy feliz y que mi deber es prevenirte para que tomemos las previsiones del caso. Mira que digo “tomemos”, porque aún estamos juntos y podemos disponer algunas cosas. ¿No te parece delicado de mi parte? No me voy a morir irresponsablemente, abocándote a un tropel de angustias y decisiones precipitadas. Te aviso con tiempo, aunque solo sean cinco minutos. Es lo menos que puedo hacer. No es que sea muy decente morir de pronto, descargando un sinnúmero de problemas sobre los deudos. Hay que ser previsivos. Nunca hice ahorros, pero guardé lo suficiente para el funeral. Puedes disponer de ese dinero. No te dejo tan desvalida, sobra algo. Además, tienes derecho a mi seguro laboral. Ya, mujer, deja de estrujarte el cabello. Deja de gritar. Tranquilízate. Ojalá pudiéramos estar tranquilos siempre. Saber morir, es de lo que te hablo. Hay cierta clarividencia en esto. Ya he dialogado con mi cuerpo. Hemos llegado a un acuerdo. Moriré sosegadamente. No me levantaré más de este sillón donde estoy sentado, donde

tanto me gusta leer, adonde tantas veces has venido, furtiva, y me has besado. No es un mal lugar para morir. Es todo lo que uno puede desear: morir acompañado por la mujer amada, en la tibia atmósfera de la salita hogareña. Morir bien debería ser un imperativo moral. La muerte de los seres queridos, más cuando es suave y dulce, no debería sumirnos en la aflicción. Hemos vestido a la muerte con los ropajes más oscuros y espantosos. ¿No podemos verla como un arroyo cristalino o un claro amanecer? Deberíamos entender nuestra condición mortal y lo que ésta conlleva. No seríamos esclavos de terrores y llevaríamos una vida más plena. Así que no te acongojes de este modo, mujer. Está bien, tráeme las chanclas, me quitaré los zapatos, si esto te hace sentir mejor. Moriré con los pies más frescos. Cerraré los ojos y listo. No intentes despertarme. Estarías contrariando mi última voluntad, que es morir tranquilo. Cuando cierre los ojos, no creas que finja dormir. También he dialogado con mi espíritu. Él sabe en qué momento debe abandonarme, iniciar otras andadas. Mi cuerpo, este caparazón, debes cremarlo. Adiós y perdona.



LAS MESAS
DEL CIELO



EXISTIÓ NO HACE MUCHO UNA CLASE DE HOMBRES que se distinguían de los hombres comunes y corrientes por el ejercicio ferviente de una costumbre excéntrica: comían mirando al cielo.

Estos hombres eran seres extraños. Decían no pertenecer a religión alguna, sus ojos elevados no tenían propósitos reverentes con algún dios o esfera cósmica, en ningún momento. De ordinario, en los actos regulares, su vista ejecutaba los movimientos normales. En esto no se diferenciaban de los demás. Si leían un libro lo hacían en la postura acostumbrada. Si iban en un vehículo, igual. Si se inclinaban a recoger algo del suelo, lo mismo. Solo se distinguían en que comían no con los ojos bajos o fijos en las viandas, sino mirando al cielo. Explicaban a quien les preguntaba que era un impulso instintivo, incoercible, ajeno a su voluntad. Apenas tocaban un bocado sentían un tirón en el cuello que los obligaba a mover la cabeza hacia arriba y a mantener bien abiertos los ojos contemplando el cielo. No había posibilidad de rebelarse. No podían comer sino mirando a las alturas, en la posición en que algunas láminas suelen mostrar a Baco, el dios de las vides, comiendo

gajos de uvas, que es: la mano que ase el gajo levantada sobre su cabeza, y la extremidad del mismo en su boca abierta y golosa.

Estos hombres habían desarrollado una habilidad asombrosa para comer de ese modo. Incluso cuando ingerían bebidas lo hacían así y nunca derramaban una sola gota. Se veía que mientras comían no estaban pendientes para nada de la comida, sino de cosas que ocurrían en el cielo. Entraban en una especie de raptó. La comida solo parecía servir de medio mecánico para alcanzar ese éxtasis, material de combustión que entraba en sus cuerpos y obraba un efecto orgánico primario y cuyo bagazo luego sería eliminado. ¿Qué era lo que tanto les llamaba la atención allá arriba que ponían esa cara de transporte? No se sabe. Quizás aguardaban alguna revelación mística. Tal vez solo contemplaban las pasajeras nubes. O acaso la visión del éter obrara en ellos como un excelente dispéptico. Los organismos son tan diversos dentro de la humana uniformidad. La naturaleza nos dota de sensaciones y reacciones distintas. Unos son alérgicos a ciertas telas, otros se marean si suben más allá de un segundo piso y hasta existe quien no soporta el olor de un perfume. En fin, he hallado personas que incluso se sentían mal con las tres únicas posiciones en que la gravedad nos permite permanecer, que son, vertical, horizontal y transversal, y querían inventar una nueva postura.

Cuando los hombres del cuento acababan de comer, sencillamente bajaban la vista y casi sin transición se reintegraban a la vida con sus situaciones naturales. Quien los viera en ese instante

jamás hubiera creído que albergaban naturalezas extravagantes. De hecho, estos hombres solían comer en medio de un ambiente de retiro y sosiego, por no decir de clandestinidad. Pocos los habían visto mientras comían. Si se hallaban entre gente extraña y necesitaban alimentarse, se excusaban, buscaban un lugar aparte y comían. No constituían una facción o una secta. Jamás se reunían en asambleas o grupos parecidos. Ni siquiera se conocían entre ellos, y si llegaban a coincidir, a conocerse, incluso entre sí mismos extendían el misterio de comer a solas. Ciertamente que por más que se aislaran a veces eran sorprendidos en su excentricidad y así se fue teniendo noticia de estos hombres y su extraordinaria manera de comer. Muchos los atacaron con la crítica acerba de que eran unos orgullosos, que su insularidad al comer evidenciaba un rechazo al-tivo de los modos de comer del grueso de la gente; evidenciaba, sí, la convicción de que el acto de comer denuncia en los hombres su parentesco con los animales. ¿Es que se creían superiores? ¿Acaso eran de la estirpe de los ángeles? ¿Los demás eran despreciable ralea, simios medio evolucionados?

Ellos se las arreglaban para aplacar la indignación de sus detractores. Se valían de un recurso sin par: la bondad. En seguida desarmaban a sus críticos. Porque realmente no podían ser más bondadosos. Ni siquiera tenían que enfrascarse en polémicas ni arduos litigios. Bastaba un mohín o una acción instantánea para ganarse el corazón de sus enemigos. Por ejemplo, se cuenta que una vez uno de ellos estaba a punto de ser linchado por una turba

intolerante y rabiosa que se decía afrentada por los remilgos de ellos y la víctima, sin dejar de mostrarse ecuánime e imperturbable, dibujó una sonrisa tan hermosa que contuvo la violencia de la plebe y los impulsó a disgregarse mansamente. En otra oportunidad, otro de ellos, ante una inculpación semejante, se ganó a su detractor con esta frase:

–Perdona mi extravagancia, pero grande es mi ambición. Mi mesa está en el cielo.

Desde entonces se les ha conocido como los Comensales de las Mesas del Cielo.

Nadie vio jamás a dos de ellos comiendo juntos. Parecían negar de plano cualquier idea de asociación. No eran gente que se destacara de los demás por rasgos fisonómicos o de condición social o ideológica. No. No eran seres sobrenaturales ni extraterrestres ni nada por el estilo. Un empleado de un taller automotor, un gerente de un banco, un escolar o una dama, cualquiera, indistintamente, podía haber sido tocado por esa gracia singular. Así como un lunar piloso no escoge habitación humana con reparos de físico, credo o rango económico, de igual manera esta rara manía de comer mirando al cielo desatendía preferencias de toda índole. Lector, quizás algún ancestro tuyo pudo haber sido un Comensal de las Mesas del Cielo. Tal vez cuando te abstraes observando las nubes una tarde veraniega, sin que lo sepas, estás evocando aquella particularidad de tus antepasados.

Y digo que pudo haber sido, porque estos hombres y su excéntrica

costumbre desaparecieron. Así como ya no existe la institución de los hombres que arreglaban rivalidades a punta de duelos de honor, tampoco existen ahora los hombres que comían con los ojos vueltos al cielo. No se sabe cuándo se extinguieron o dejaron de practicar su misterio. Tal vez fueron exterminados. No se sabe. Quizás los hay todavía y se han visto obligados a recurrir a tácticas más secretas para comer a su modo sin herir susceptibilidades ajenas. Como el tiempo engulle todo, un cronista ignoto conservó en un manuscrito a lápiz breve noticia de estos hombres. El papel está muy ajado, a punto de deshacerse. La letra aparece casi borrada y difícilmente se puede leer. He hecho cuanto he podido por transcribir el escaso párrafo en que el periodista hizo la anotación y le he agregado elementos de forma que el lenguaje hace posible. He respetado el contenido de la anécdota sin emitir juicio moral alguno. No es esta la tarea del escritor.





ESA NOCHE ARDIÓ UNA FÁBRICA DE LÁMPARAS SITUADA en la margen occidental del barrio, en plena autopista. Los bomberos llegaron a tiempo de evitar que el fuego se propagara a los edificios vecinos, pero el desastre en la fábrica de lámparas fue total.

Era sábado. Fiel a la costumbre, yo había salido a caminar. Pasé por el lugar del infausto cuando los bomberos ahogaban las últimas llamas, en medio de las paredes derruidas y los escombros humeantes. Una multitud de curiosos observaba el hecho desde la acera opuesta, mantenidos a distancia por las órdenes estrictas del personal de socorro. Me sumé al gentío. No abrí la boca.

Mi abuelo murió quemado. Yo era un muchacho de quince años en ese entonces. Viajé con mi madre a la novedad. Largo recorrido en bus desde esta ciudad de montaña hasta un pueblito costero. Mi antepasado fue un juerguista incorregible. En las fiestas de noviembre se disfrazaba de espanto y asustaba a los trasnochadores saliéndoles al paso. Una de sus sorprendentes facetas era la de hombre come-fuego. Ante un grupo de curiosos que aplaudían sus hazañas circenses se metía a la boca bastoncillos en llamas y los apagaba con su aliento. Frente a las cenizas del rancho de cañabrava y palma

de mi abuelo no sentí tanto estupor como al imaginar el tormento de sus últimos minutos. Las ruinas materiales de su cabaña incendiada, borrada casi, no me conmovieron tanto como la idea mordiente del fuego castigador devorando el cuerpo alcoholizado de mi ancestro. El viejo murió peado. Desde niño, debido quizás a los cuadros apocalípticos pintados por una educación amedrentadora y estigmatizante, he visto en el fuego la señal del azote divino más que la acción de unos compuestos químicos trabados en combate.

Insensible a los comentarios y a las conjeturas de la gente, contemplé los almacenes destruidos, las nubes de humo que oscurecían el cielo. Me alejé, la nariz irritada por el fuerte olor a plástico quemado que maleaba el aire.

Mientras caminaba, acudieron a mi mente imágenes de míticas ciudades condenadas, entregadas a la destrucción por el designio de una divinidad omnipotente. Evoqué incendios célebres, catástrofes históricas, pesadillas inmemoriales. No sé a santo de qué extenué la memoria en un inventario de los incendios de los que había sido testigo, pocos, en verdad. Obsesivo, el recuerdo de la muerte de mi abuelo giraba como terco moscardón en torno a las demás impresiones. La imagen del fuego dominó mi cerebro con la fuerza y la extensión de los elementos inexorables. El sector albergaba un complejo de industrias textiles. Imaginé el fuego ardiendo sobre los inmensos depósitos de telas, devorando estrepitoso cuanto se levantara a su paso. Evoqué incendios de grandes

bosques, donde el viento obra como agente propagador. Evoqué incendios de famosas bibliotecas. Supe que el fuego estaba ahí, invisible, en el aire, conmigo, esperando su hora. Vi a la ciudad y a sus habitantes señalados por el dedo profético de ese fantasma primigenio, eterno, terrible, pero también amoroso. “Ciudad y habitantes viven bajo el signo de un aplazamiento”, pensé.

Me sentí viejo, lastrado, portador de remota culpa. En alguna parte de la Biblia se dice que los hijos pagarán los pecados de sus padres hasta la cuarta generación. El fuego devoró a mi abuelo. Venía tan absorto pensando todas estas cosas que tropecé en la acera que bordeaba un puentecillo sobre una quebrada. Casi me voy de bruces. Las aguas contaminadas por residuos fabriles expelían un tufo nauseabundo. Logré mantenerme en pie. Seguí mi rumbo, más cauto.

¿Adónde me llevaría el paseo de esta noche? ¿Otra vez al garito o a un antro a media luz donde los dueños satisfacen el impulso humano de enajenarse en la bebida y el baile? ¿Sería otro estéril vagabundeo, cuyo fin era el amargo regreso a casa, abatido e irritado al mismo tiempo? Al salir de mi hogar a mis caminadas desoladas solía soñar con un suceso magno, una transformación sublime, amor o mucho dinero o cualquier revelación de los dioses.

Pensé de nuevo en el incendio de la fábrica de lámparas. En una broma cruel me pregunté en mis adentros qué iba a ser del pobre Aladino, si todas las lámparas se habían hecho añicos. Imaginé que yo era un genio desalojado, vagabundo, privado de la facultad de

conceder deseos. Volví a los recuerdos antiguos, a uno más añoso que el de la muerte del abuelo: un día, siendo un niño de cuatro años, me quemé el brazo. Por corretear como cachorro indócil tropecé con el fogón donde mi abuela calentaba la plancha y me caí de bruces sobre éste. En un impulso defensivo, adelanté el brazo –si no la cara hubiera recibido el impacto–, achicharrándomelo. Los carbones al rojo se adhirieron a la piel. Lancé un berrido espantoso. Bueno, de esto hace muchos años. La cicatriz en el brazo izquierdo da prueba de aquel incidente. Uno puede arder, pensé, si las llamas lo habitan y nada las desplaza, uno puede arder.

Fuego titilante eran las estrellas en el cielo. Las miré y me invitaron a adentrarme en la noche. Fustigado por el presagio de un misterio dispuesto a revelármese, caminé, como quien busca la recóndita raíz de su desasosiego. La imagen del incendio seguía habitándome. Cuántas veces la sola contemplación de una fogata en un baldío, unas simples llamas dando cuenta de unos papeles o unos desperdicios, colmaron mi imaginación con las más tremendas visiones y los éxtasis más plenos. ¿Qué existe en el fuego? ¿Por qué es tan hermoso, tan limpio, tan divino? Con razón lo adoraron los primitivos y el hombre actual sigue venerándolo a su modo. Pensé en los dueños de la destruida fábrica: años de esfuerzo aniquilados en un instante por obra del azar. Un desastre así podía significar la ruina. ¿Habría actuado una mano criminal? ¿Un pirómano? ¡Qué revés! Pensé en la fragilidad de las cosas. ¡Cuán deleznable es todo! Me pregunté qué era lo único

realmente indestructible, eterno. La Eternidad, me dije. Me sentí hoja de papel llevada por el viento, punteada de flogistos. Evoqué la zarza mosaica, esa llama fantástica en medio del desierto y del estupor del patriarca. Dominado por repentino espanto imaginé un ejército de microscópicas invisibles ígneas langostas lanzadas en mi persecución, buscándome feroces por los tibios callejones de la ciudad. Una ciudad que de pronto, en un fulgor de clarividencia, me recordó a las vecinas del Vesubio.

Me sentí antiguo como una roca de Asia. La saliva en la boca supuso un leve dejo de cenizas. Caminé, siempre con la visión del fuego destructor palpitando en mi mente, recreando devastaciones. Poco a poco, imperceptiblemente, se iba operando en mí un derrumbe interior. Mi ánimo se ensombrecía. ¿Qué podía brindarme la noche si no soledad y extrañamiento? ¿Por qué me obstinaba en buscar placeres turbios en una mesa de juego o en una cantina? A esta oleada de pesimismo siguió un momento de aceptación. Uno no es nadie para penetrar los Designios. Quien los conoce no es de este mundo. Está fuera del tiempo.

Mi errancia tocó a su fin en el bar de las Vestales. Me arrimé a la barra a beber una cerveza. Un aire inflamado caldeaba la noche. Una cerveza helada me haría bien. El cuerpo de lagartija de Etna se me acercó.

–Me invita a un trago.

–Pídalo.

–¡Estanislao...! Un vino.

El corpulento tabernero se lo sirvió en seguida. Etna siempre pedía vinitos. Parecía una norma de la administración. Hacer que las mujeres hicieran gastar a los clientes las bebidas más caras. No me importó pagar el vinito a Etna. Otras noches lo había hecho. Además, solo pensaba invitarla a uno, pues mi propósito era marcharme pronto. Etna. Con conversaciones, bailadas, bisbiseos al oído habíamos prefigurado un momento que esa noche parecía dispuesto a consumarse, librándonos de nuestro sino de caínes. Sin que me diera cuenta me hallé refiriéndole a la mesera el incendio de la fábrica de lámparas. La figura de Etna me hacía imaginar parajes de tierra tórrida cruzados por un río de febriles vaharadas. Procedía de una región ribereña. No llevaba mucho tiempo en esta ciudad. Etna se interesó vivamente por el siniestro. Nunca había visto un incendio “en persona”. Me pidió detalles. Se los di. Me expansioné y le hablé de la espantosa muerte de mi abuelo, un hombre que tuvo muchas mujeres y que acabó solo, viviendo mal.

—¡Qué horrible!

La expresión de Etna, mecánica e inofensiva, me hizo acordar de un escritor local que abomina de las frases manidas al estilo de ese “qué horrible”, pero absolví a la pobre Etna de su ignorancia de los usos creativos del lenguaje y le seguí contando de la extinción de mi ancestro en un remoto caserío del Caribe.

Aunque Estanislao ponía músicaailable en el equipo, no me tentó la idea de bailar.

Recordé a los bomberos con sus gruesos vestidos aislantes

moviéndose entre la conflagración como enormes ácaros antiinflamables. “Señores del fuego”, pensé. Sentí mi cuerpo invadido por los vapores caniculares de la fiebre. Viví por anticipado, en la mente, la sensación molesta de las horas nocturnas desvelado en la cama, revolviéndome como un infeliz, amaneciendo con vejiguillas en los labios, obligado a untarme cualquier crema para aplacar los “fuegos”. Sí, de seguro el día siguiente tendría los labios llenos de “fuegos”. Recordé el pasaje bíblico de Elías largándose al cielo en un carro en ignición, bonito truco escénico para mandarse mudar. Como en el guión de las telenovelas cuando inventan que el personaje se va de viaje y en realidad ha salido del reparto. Mundo de engañifas. Pero ese fuego vasto destruyendo la fábrica de lámparas... Esa verdad primordial del fuego. El fuego estaba en la naturaleza antes que el hombre primitivo lo creara por medios mecánicos, frote de piedras, etcétera. El hombre de hoy sigue creándolo de acuerdo con sus necesidades. Las armas de fuego, por ejemplo. Necesidad de destruir al otro. Una necesidad muy de la jungla social. Cuántas largadas de Elías no han provocado las balas en esta city. Fuego comprimido, bang-bang y listo. Hermano, sube al carro y trágate todo el cielo.

Abandoné el bar y vagué todavía mucho tiempo. La memoria rebobinaba la visión de la fábrica de lámparas, el espectro virulento del fuego, coronado de crepitantes chispas y apestoso humo. Fábrica de lámparas: qué fantasía existe en el lenguaje. Un agudo cosquilleo en la cicatriz del antebrazo reeditó en mi mente el

martirio de mi abuelo. Sin pensarlo, me vi ascendiendo la cuesta del cerro Nutibara. Sentía que una fuerza misteriosa alcanzaría el paroxismo teniendo a mi cuerpo por escenario. Mi vista dominó el paisaje de la ciudad ataviada con su traje de luces, extendida en el valle y las lomas. Pensé que ardería allí, en lo alto del cerro. Sentía hervir la cicatriz. Descendí intacto y continué mi vagancia sin sentido, hasta verme de nuevo ante las puertas del bar y ante el rostro sonriente de Etna. Me sonrió como una cómplice. No entendí su sonrisa.

Pedí otra cerveza.

Acabé yéndome con Etna a una pieza. Me había salvado del juego, mas no de Eros. Me sorprendió la oferta de la mesera. Siempre rechazó mis insinuaciones de esa índole y esta noche, cuando yo pensaba en todo menos en sexo, Etna me pide que la lleve a una residencia y le haga el amor. No me hice rogar. Quizás estaba escrito que la noche acabara así. Tal vez la fiebre de mi cuerpo se había contagiado al de Etna. Vaya Dios a saber los impulsos de la mujer. Etna también ardía. Casi me arranca las ropas en el corredor, antes de entrar en el cuarto. Yo era fuego.

–Quemas –me dijo Etna–. Debe ser que te vas a enfermar. Consulta un médico.

Creí que se echaría atrás, enviándome por remedios de facultativos a esa hora, cuando yo no era otra cosa que carne incandescente. Pero Etna olía a humus, a carbón. Etna era lava ardiente. Nos abrazamos y ella no se percató de mi humeante cicatriz, de

la sierpe de fuego que brotaba de mi piel y se expandía por nuestros cuerpos entrelazados. La abracé muy fuerte. También ella se imbricó en mis miembros con una fuerza colosal y su faz decía de una felicidad sin historia. Nos unimos en un lazo íntimo y vasto. Las llamas del amor, del urgido amor, cubrieron el cuarto, el hotel, los edificios vecinos, la ciudad. En el cielo las estrellas llameaban y el cielo todo era un incendio.





DEL
PRÍNCIPE AHMED
Y LA CARNE DE
LAS PERDICES

SUENA A APOSTASÍA PALACIEGA PERO NO ME GUSTA LA carne de las perdices. En cambio, me enloquece la carne de los jóvenes, especialmente la de Alí, el jefe de cazadores. Aunque generaciones sinfín hayan refinado en mi linaje el aprecio por la carne de las perdices y en general por la blanca carne de las aves finas, fuerte es mi asco. Los cocineros la maceran y la adoban con toda la destreza de su arte culinario, pero no consiguen que mi olfato no perciba ese ligero olor a peste. Mi organismo lo repele. Este rechazo que a mi padre, el rey Srinagar, se le antoja una blasfemia, me ha convertido en un espécimen raro en la corte.

–¡Al príncipe Ahmed no le gusta la carne de las perdices! –se murmura.

En las opulentas comidas reales me distingo por observar una dieta frugal basada en vegetales.

–¡El príncipe Ahmed come como un pajarillo!

Ah, si supieran mi apetito.

II.

–¿Lo hice bien, príncipe?

–Muy bien, Itimad. Estás perfeccionando tu actuación. Ese es el ardor que necesito. Así es Alí, fogoso. Veo que has estudiado sus ademanes.

–He hecho como usted me ha ordenado, príncipe.

–Se nota. Ahora quitémonos los disfraces, no venga mi padre y nos descubra. Guarda todo esto en la recámara. Perfecto. Quiero que me acompañes al Jardín de los Ciruelos. Haré una oración ante la estela del dios. Aprovecharé para observar la nueva variedad de peces policromos que adornan los estanques.

III.

Le sigo el juego al príncipe. A escondidas en su cámara le gusta disfrazarse de Perdiz Real. Me pide que me disfrace de jefe de cazadores. Una vez hecho esto, me pide que lo cace. Entonces corre por la habitación imitando el aspaviento del ave amenazada. Se ve tan grotesco. Debo perseguirlo. Escojo del carcaj una flecha inofensiva. Le disparo. El príncipe cae abatido. Yo debo tomarlo en mis brazos y depositarlo en el lecho. Entonces el príncipe recobra el sentido y, atrayéndome hacia sí, en un apasionado abrazo, exclama:

–¡Alí! ¡Alí! ¡Me matas!

IV.

Dadivoso dios de los bosques, aliento y sostén de los árboles y las bestias, trae a Alí a mis brazos. Haz siquiera que responda a

mis miradas, a mis súplicas mudas, a mis halagos y presentes. Furioso, ha devuelto los obsequios que le envió con Itimad. ¿Por qué es así? Dame fuerzas para acercarme a su cabaña, para hablarle, para rogarle que me deje sentir su respiración, tocar su piel. Si pudiera pescar con él en el río, su pasatiempo favorito. Si aceptara venir conmigo al Jardín de los Ciruelos. Su sola compañía me haría feliz. Pero prefiere la vida gregaria, los placeres adocenados. Ah cómo anhelo sentir junto a él la brisa entre las ramas, la fragancia de los ciruelos, el susurro de los peces en las aguas. O al menos sentir en mi cara el calor de su voz francota y alicorada cuando festeja en la taberna con sus amigotes. Qué embriaguez cuando he estado cerca de él. El olor de su cuerpo me arrebató. Asisto a las batidas de caza solo para verlo, para oírlo, para olerlo. Quisiera ser perdiz, liebre, gama, y que él me cazara con ese ímpetu, que me asaeteara, que me derribara y me tomara en sus brazos. Es tan joven, tan bello, tan aguerrido. Dadivoso dios, tráelo a mí.

V.

—¿Qué nuevas se tienen de Alí, Itimad?

—Ninguna, príncipe. Se ha barrido el río sin resultado.

—Entonces, ¿se ahogó?

—Es lo más seguro. Hallamos su barca. De él, ni rastro. Van tres días de búsqueda. El rey Srinagar ha ordenado desistir.

—¡Alí! ¿Por qué? ¿Por qué?

VI.

Echado en la cama lloro con la cara hundida en tus calzoncillos sucios. Entré subrepticamente en tu cabaña y el turbio deseo me dictó apoderarme de éstos entre el conjunto de tus escasas pertenencias. Tus calzoncillos, Alí. No me tentó tu sombrero, ni tu cornetín, ni siquiera tu escopeta. Me atrajo tu ropa sudada tirada de cualquier modo en una silla al pie de tu camastro. Y me extasié en ese goce furtivo. Y el éxtasis se esparció hasta el último de mis poros. Tus calzoncillos sucios, Alí. Ansiosamente, en loco raptó, aspiré a través del género el sudor reseco de tu perineo. Y me embriagué, Alí. Y mantuve tus puercos calzoncillos pegados a mis narices. Y entrecerré los ojos y soñé y era de nuevo perdis real y me perseguías, me cazabas, me tomabas. Y yo entregaba el aliento en tus brazos, Alí. Era tu presa. Y me desgarrabas. Dientes, uñas, me desgarrabas. Eras tú, no el tonto de Itimad, quien, en el fondo, se burla de mí. Estúpido Itimad de carne desabrida. Eras tú, Alí, fogoso Alí, cazándome, desgarrándome, como imploré a la estela del dios en el Jardín de los Ciruelos. Cubierto de lodo estarás pudriéndote en el fondo del río. Alí, me dejaste con el hambre de tu carne. Tu carne Alí, donde el frugal Ahmed quiso hartarse. Ahora te estarán comiendo los peces. Afortunados peces. Todos los cuerpos hermosos que disfruté no compensan el vacío de tu pérdida. Hermosos cuerpos de donceles abisinios, griegos y romanos. Qué de caricias y desmayos. Pero en medio del clímax solo había una imagen, un nombre: Alí. De modo que todos

fueron simples sucedáneos. Y ahora los peces comen tu carne, negada al príncipe. Orgullosos. Alí, te maldigo, te bendigo, te maldigo. Pude elevarte a las más caras dignidades de la corte, pude hacerte el ser más feliz y tú pudiste hacerme igual merced. Orgullosos. Lloro. Huelo la mugre de tus calzoncillos sudados y lloro y envidio a los peces que banquetean tu carne de dios.

VII.

Poco tiempo después de la muerte del jefe de cazadores el príncipe Ahmed murió ahogado en el río.



ANIMALES
DE CAVERNA
PARA
SIEMPRE



AHORA LE FASTIDIABAN ESOS TRAJOS SUCIOS Y HÚMEDOS en un rincón de las barras de las tabernas. Trajos raídos, flácidos, despedían un olor puerco. También tenían una densidad correosa. Reposaban con crapuloso desenfado en la madera maltrecha de la barra, junto a cualquier rimero de vasos. Parecían grises babosas a punto de dar el próximo paso, un paso que solo podía producir escándalo o repugnancia. Y se preguntaba cómo hacían el barman y las meseras para agarrar con la mano limpia esos trajes tan desastrosos, dizque para limpiar las mesas o la propia barra, cuando solo conseguirían esparcir suciedad húmeda, grasosa y maloliente dondequiera que sobaran. Esos trajes y la vida. ¿Qué había sido pues de la vida? Esos trajes infectos le restregaban en el alma la dolorosa verdad de una existencia derrengada, quejosa. Ah, la vida. ¡Esos trajes! Cómo acababa uno recalando en esas tabernas del subsuelo, en esas barras agrias, en esos trajes cochinos. Era la vida. Y ahora hasta le fastidiaba la despreocupada indelicadeza con que las meseras cogían las bandejas sin pedir permiso a los clientes de la barra. Necesitaban un curso de buenos modales. Pobres muchachas. Y uno se encontraba árido, desairado. Y te tomas este ron

y te largas. No más de un ron. La malandanza no era tan extrema puesto que se tenía ese último resto de pundonor. Cumplía. Apuraba el trago y se marchaba. Uno podía merecer otras cosas, lugares, compañías y atenciones más amables.

Eran esas noches de errancia solitaria con imprecisas ansias de beber o estar con una mujer. Más de estar con una mujer –así fuera la esposa– que beber. Si bebes no puedes estar con ella y si estás con ella para qué beber. Requería un límite de austeridad. No hay que beber para animarse a buscar mujeres, hacer de galán o de macho. No hay que desear estar con una mujer para que vengan las ganas de echarse unos tragos. Bebe, tírate a una mujer limpiamente, sin estúpidas excusas ni falsas teorizaciones. Las máscaras hacen bien su papel hasta terminar la obra. Después de nada sirven.

Pero mejor te vas a casa, al abrigado hogar, a los tranquilos hábitos, a la virtud y todas esas cosas. Porque eres un hombre casado, con mujer, hijos, trabajo y reputación. Bueno, pero a veces sentía ganas de echarse una canita al aire. Sobre todo ahora que la mujer y los hijos están paseando y se había quedado solo en casa. Cómo olvidar que uno ha sido siempre un solitario, un caminante. Mas ahora las noches no tenían el condimento de antes. El peso de los años, seguro. Y todas esas interpelaciones morales alzando carteles admonitorios en la mente. Hermano, te fregaste. No, uno quería ir por ahí, requebrar a las mujeres, invitarlas, tirárselas. De pronto hasta conseguía una amiguita. Cuántos colegas no tenían una amiguita.

Eran esos días fieles a la disciplina, estudiar toda la mañana, incluso hasta bien avanzada la tarde y luego volcarte a la calle. Acaso se atravesase una aventura. No tenía nada preparado, ninguna res amarrada, como chabacantemente decían sus amigos. La mujer necesita labia, eso fastidia. Odiaba esos preámbulos. Una farsa que todo el mundo se cree. Eran días de vacaciones, no tan deliciosos y sugestivos como años atrás, pero vacaciones al fin y al cabo. ¿Qué había sido de la vida? ¿Qué había sido de la vida que hasta las vacaciones han perdido el encanto? Ir al centro a ver jugar al ajedrez. Horas allí. Oponiendo una muralla a lo otro. Tanta mujer. Tanto culo. Hermano, o eres muy medroso o eres de malas con las mujeres. O de buenas, que te las arreglas para no enredarte. Esos enredos siempre acaban mostrando espinas, espinas y espinas. Acaso tenía su ángel de la guarda misógino o un regio salvoconducto para ir indemne entre tanto culo, tanta arepa, tantas tetas y tantos ardides de mujer. La mujer sabe lo que lleva, sabe mostrarlo y moverlo. Quizás eras de buenas. Tal vez mientras más lejos, mejor.

Tampoco tan austero, compadre. Dos cervezas por aquí, un ron por allá. Mas la verdad era esta: ya no quería la borrachera del licor, esa traición a la elegancia y ese estrago del cuerpo que es la pea, más los hediondos guayabos. Ahora probaba de arrimarse a las barras y pedir una limonada. Es preciso buscarle acomodados a la situación. Transigir con la vieja senda, aunque estemos ensayando otros caminos. De cualquier manera el impulso de contención estaba allí. Ya uno se ve feo en esas barras, bebiendo solo, pescando bailadas para

frotarse contra cuerpos de mujeres hediondas a talcos y lociones y almizcles de repliegues. Ah, pero cómo anhela uno frotarse, echar su polvo en el jadeo sabroso y triste. ¿Cuántos polvos? Un millón de polvos. Pero el cuerpo es débil y tampoco hay que ser tan bestia. Hermano, ponle raciocinio a la cosa. Uno no puede encadenarse al culo y al sudor de la mujer. No tienes que ser un semental ni un fornicador obsesivo. Entregas el mundo por un culo, bien. Es asunto tuyo. Me importa un bledo. Yo me voy por los atajos de la música y los libros. Esos culos atan. Y las vergas, dirán ellas.

Total, esas caminadas al borde, siempre al borde, de una ciudad íntima y remota, hervosa y abandonada, rica y mísera, acaban por versar en un capítulo de culos y vergas. Donde puede ser que los tumbos de la historia humana se resuman en la región del perineo. Sociedad, ciencia, poesía, arte: estro pélvico. Y los setos acompañaban por largo tramo los pasos del vagabundo. Son hermosos los setos. Hermosos como sueños de mujeres desconocidas. Era un soñador. Adán debió dormirse para que Dios le privara de una costilla y apareciera Eva. Quizás Eva no sea otra cosa que el sueño de Adán. ¿Y cuando Adán despierte? Tal vez se dé cuenta de que esa bella fábula de onirismo y osamenta recalca en una burda zarabanda de falos y vaginas. Hermano, la belleza está más allá de este mundo de verduleros. Un seto es bello. Y la mujer soñada. Apenas abres los ojos, pídele a Dios que te vuelva a dormir.

Porque la vida acaba sabiendo a sucio trapo de barra de taberna y los hombres, valentones y desolados, terminan arrimándose a las

tabernas y al embriagante olor a polvos de mujer. El de tabernero es un viejo oficio. Ya Noé lo sabía. Y las hijas de Lot. Esas caminadas testifican el hecho absurdo de que en una ciudad tumultuosa y eufórica existan hombres solitarios. Hombres ansiosos de bebida o de mujer, porque el infierno no les cabe en el alma. Y allí está la taberna. Está el burdel. No querías ir a burdeles con ese fastidio de saber que la mujer de burdel es ruin. Un amor hermoso como un seto o nada. No pagar por un polvo hediondo. No pagues. A ellas también les gusta. Lo dan gustosas. Sueñan con eso. Mientras sirven el desayuno al esposo, sueñan con eso, no necesariamente con el esposo. El vecino es apuesto y de seguro que lo sueñan cabalgándolas. O ellas lo cabalgan. El jineteo es cualidad de macho y hembra. Las caminadas pueden llevarte a sosegados taberneros, viejos amigos, en una noche sin clientes, ah los viernes y sábados esto está a reventar pero hoy. El tabernero lleva más de cuarenta años en eso y ha aprendido a tratar a la gente y a tomarse sus tragos. Si no se los toma él, con todo ese arsenal de bebidas. Esa noche sin clientes se los toma y conversa con cualquier visitante y habla de fútbol y esas cosas.

El tabernero hasta podía preguntarle si estaba desprogramado. Y él, por dentro, jocosos, sí, por qué, me va a invitar a un programa. Mas estos programitas de comer y beber ya chocan un poco. El estómago tampoco es el mismo. Uno se empacha pronto. ¡Dios! ¿Qué ha sido de la vida? Por qué acaba sabiendo a trapo infecto así uno la exalte con música y poesía. También están las virtudes

cristianas, de las cuales en ocasiones uno hace gala. Ayudar a los necesitados y todas esas monsergas. Mejor ayudarse uno mismo. Ayudarse a no incurrir en resabios tabernícolas donde los trapos limpiones narran la historia espiritual de la especie. Como esos trapos está el alma de la gente. Incluso en las tabernas lujosas porque los trapos sucios no estén tan a la vista no quiere decir que no haya trapos limpiones y que no estén llenos de inmundicia. Una taberna es veneno. Piensa en el humo del cigarro. Piensa en los humores cargados de lascivia y desenfreno. Y los pedos. Los pedos que se zafan, deliberados o no. Esa especie de civilizada impiedad del libertinaje. Hermano, el viejo Baco debía apestar a tabaco.

Acabas de juicioso regresando a casa a una hora santa sin delatores síntomas de ebriedad. Un buen muchacho a quien ni siquiera tentó el decorado de caverna del techo de la taberna donde bebió un ron, uno solo. Un papel grueso, moldeable. Unas tinturas a tono y listo. Tenéis la caverna. La decoración del techo acentúa la profundidad del *nightclub*. Las parejitas pueden hacerse allá hondo, en las mesitas de lo último. Lógico, con la debida penumbra. Ah, estos genios de la psicología de masas. Y la música. Y las luces atenuadas. Y las bebidas espirituosas. Y cualquier pantalla gigante pasando videos donde dos de tres son imágenes libidinosas, cuando no es que la oferta incluye el *striptease*, el *show* desnudista e imaginativo de mujeres o de hombres o mixto, hay para todos los gustos. La caverna ofrece la ilusión de una plenitud a la mano. Hacia arriba crecen pisos alquilables por ratos para desfogues de

amores. Y allí se consuma el acto. La pieza. El hartazgo. En los rostros campea un rictus feroz. Los cuerpos desnudos se cazan. Entre relámpagos de imágenes y luces –las pantallas siempre están bombardeando vistas–, con las necesarias cantidades de estimulantes sombras, los cuerpos desnudos se cazan. Es la orgía. Y cuando todo acaba y en el alma se rebulle ese extraño sedimento de tristeza, el hombre y la mujer que regresan añoran los setos y la luna redonda como un planeta de sueño ya no les pertenece. Y el cuerpo y el alma saben a sucio trapo de taberna.

Y no sabes si hay grandeza o miseria al regresar a casa habiendo resistido. No sabes.





LA SAGA
DE LA MARIPOSA

“The indescribable joy of creation” (John Steinbeck)

“Evilness is innocent” (Blake)

TODAS LAS TARDES LEONARDO LE LLEVABA UNA MARIPOSA en una cajita de cristal y se marchaba a pedaleos rápidos en su bicicleta rumbo al garito. Desnuda bajo la mínima toalla roja que medio cubría el resplandor de su bello cuerpo de bestia joven, Nazaret arrebató la cajita de manos del evasivo muchacho, cerró el portón y se sentó al pie de los rosales del patio. Actuaba con un enardecimiento semejante a una posesión. Sus ojos enfebrecidos no se apartaban de la mariposa cautiva. Era un ejemplar escaso, azul marino, grandes alas ribeteadas de negro ébano, el cuerpo pequeño y magro, las antenas cortas, curvadas. Su nombre científico, *Casta regia*. Vulgarmente, virgencita de los campos.

A sus anchas en un sillón, junto a las macetas de cuidadas rosas, minuciosa, Nazaret destapó el cofrecillo, atrapó la mariposa por el rabito y comenzó a desmembrarla y a comérsela. Primero desprendió un ala y la llevó a la boca, paladeándola y masticándola

como si fuera el manjar más exquisito. Luego desprendía otra ala y así hasta dar cuenta de las cuatro y quedar solo con el blando palpitante cuerpo oscuro de la mariposa entre el pulgar y el índice. Entonces Nazaret se demoraba. Estudiaba con serenos ojos de analista el rebullir de la mariposa amputada. Su mirada cobraba una luz de sonreída y beatífica complacencia. Su hermoso rostro de muchacha aparecía claro e inocente como el de una niña de seis años. El acto final de aquella escena era la aleteante mariposa desapareciendo en la boca golosa de Nazaret, quien reservaba para entonces su gesto más lánguido. La mariposa sin alas seguía aleteando en el espanto último de la destrucción. Sin alas aleteaba. Aleteaba la nada.

Luego Nazaret dormitaba un rato en el sillón, mientras la tarde encandilada parecía escanciar el milagro indescriptible del tiempo. La claridad se aflojaba. Nazaret se levantaba con el tiempo justo para ducharse, maquillarse, vestirse y salir a sentarse en la acera del Sevilla, el bar de Faustino Márquez, donde ya otras mujeres esperaban sentadas en sus taburetes recostados contra la pared. La calle exhalaba acres vaharadas. En la esquina una negra robusta y taciturna vendía fritos: vísceras de cerdo que despedían un oleoso y punzante olor a grasa porcina. Los tocadiscos de los bares sacudían el mundo con la ensordecedora vibración de los bajos y la estridencia de los instrumentos y las voces de los vallenatos. Georgina, la gorda monumental dueña del bar del frente, parecía empujada en la ventana de su negocio. La obesa mujer de rostro infantil

miraba la calle con la tristeza de quien ve partir todas las tardes un barco en el que soñó viajar pero en el cual no pudo pagar boleto. Rafaelito, el maricón ruidoso, llegábase hasta ella y la saludaba y le espantaba la tristeza. Incursionaban los primeros clientes, platicaban con las mujeres y los cantineros, bebían.

Nazaret se sentía en su elemento. Era la más solicitada. Se daba el lujo de reservarse los amantes más ilustres: el médico, el notario, el alcalde y algunos ricachones. Cuántos pobretones y pelagatos se desvivían por obtener los favores de ese cuerpo duro, perfecto, resplandeciente. Qué bella y magnética era Nazaret. Sus noches se deslizaban insensibles en un frenesí de placeres. Su pasión era inagotable. Hacía el amor una y otra vez, con uno y con otro, recibiendo siempre jugosa paga. Atesoraba dinero con que se regalaba vestidos, alhajas, cosméticos. Su ardor carnal era célebre, suscitaba comentarios de toda índole. Las demás mujeres envidiaban ese estro endemoniado. Para ella parecían no existir esos períodos de crisis hormonal que desbarajustan el organismo femenino provocando obligatorios hiatos carnales. Siempre estaba dispuesta. Ni sus compañeras más próximas lograron descifrar los tiempos de su ciclo. Para los hombres esto era una bendición, pues la requerían sin descanso y Nazaret jamás los decepcionaba. Los bares cerraban y Nazaret se retiraba a su habitación con la merecida egolatría de ser la reina del lugar. A pesar de ser la más deseada y aunque muchos hombres le hubieran pagado sin tasa por dormir toda la noche con ella y gozar ese fuego sin brechas,

Nazaret era insobornable en la determinación de no quedarse con ninguno después del cierre de las cantinas y de no permitir que otras manos distintas de las suyas regaran las rosas del patio. Siempre se iba sola a la cama. Antes, cortaba una rosa.

II.

A medianoche el muchacho de la bicicleta abandonó la cantina del Cachaco, en el otro extremo del pueblo. Había jugado cartas nueve horas sin descanso, sin siquiera pararse a orinar y no le había ido bien. La suerte lo esquivaba. Había lances en que se creía ganador, estaba a punto de tender en la mesa el juego triunfal, pero siempre se le adelantaba alguien. Lo pelaron. Además, al marcharse, tuvo que soportar las burlas de Vallejo, el suertudo de la noche, quien sospechaba sus enredos de faldas y, con aire críptico, le apodaba “El Nazareno”, haciendo alusión a los arañazos rabiosos y a los moretones que mostraban el cuello, la espalda y los brazos y a veces hasta el rostro de Leonardo. “Deja de fastidiar. Sabes que todos los días voy por las Landas a trabajar un poco en el monte de mi madre”, mintió él, y se alejó molesto porque los otros, incrédulos, celebraron la osadía de Vallejo. Se fue malhumorado.

Lo único que lo consolaba era la esperanza de ir donde Nazaret a recoger la cajita de cristal. La cajita y su recompensa. Un filoncito de gozo se abrió sutil paso entre sus avinagrados terrones de humores, y se fue extendiendo, extendiendo. Su cuerpo recordó la enloquecedora sensación. Su miembro se electrizó y dio briosos

tirones que amenazaron con agujerear el pantaloncillo. Tendría lo suyo, con certeza. Una paz anticipada se dispersó por su organismo en la memoria de la próxima caricia. Pero también sintió un traspié de cansancio. Ah, qué días los suyos. Qué vida. Tempranito debía salir de casa y pedalear hasta las Landas, la extensa floresta donde moraba la virgencita de los campos. Iba aviado con una vara en cuyo extremo había cosido un cedazo en forma de campana. En una mochila rayada de lana burda echaba cualquier pan o fruta y un tarrito con agua. Allí mismo colocaba la cajita de cristal. Las Landas quedaban lejos del pueblo, en una región desdibujada por la distancia, cubierta por fina niebla brillosita. Leonardo seguía la carretera hasta cierta parte. Luego dejaba la bicicleta bien resguardada entre unos arbustos y se adentraba en esas soledades, entre las matas, las flores y las mariposas. La lidia que daba hallar y atrapar ese alado destello azul. Mas Leonardo era paciente. Un día, cansado de buscar, distraído, comenzó a canturrear una tonada simple, de un himno que oyó cantar a unas viejas rezanderas una vez que entró a la iglesia y que se le había quedado en el recuerdo, haciéndose presente en los momentos menos pensados. Era tan imperiosa esa tonada, tan sedante, que Leonardo no podía dejar de canturrearla. A veces lo sorprendía en el salón de cartas, incluso mientras Nazaret lo premiaba con la chupada de su bellota. No podía resistirse. “Un perdulario como tú entonando himnos de iglesia”, se burló ella en una ocasión. En fin, la virgencita de los campos, ese alado destello azul, apareció cuando él tarareó la

canción. La atrapó sin problemas. Pasaron varios días antes de que relacionara los hechos y sacara las conclusiones del caso. Solo tenía que canturrear el himno para que la virgencita apareciera. Solo aparecía una. Ojalá pudiera hacerse a varias en un viaje, así evitaba ese paseíto todos los días. Habría formado un mariposario en su casa y solo tendría que tomar la de turno y llevársela a Nazaret cada tarde. Hubiera ganado su recompensa sin tanto trabajo. Pero, por algún extraño decurso de las cosas, la virgencita siempre aparecía sola, en una sola oportunidad. De nada servía que Leonardo se pelara la garganta canturreando melodías sacras. Lo bueno era que ya no era necesario usar la red. La mariposa se posaba en el pecho de Leonardo y éste nada más debía tomarla con la mano y depositarla en la cajita de cristal. Desde entonces no se fatigaba tanto en cacerías, pero las Landas era lejos y el cuerpo padecía fatigas de andares largos. Eso era lo de menos. Luego se desquitaba jugando a las cartas, querido vicio, y después recibiendo las ardidadas y arrebatadoras compensaciones de Nazaret, vicio todavía más querido.

Dos cuadras antes de su destino, desmontó y dejó la bicicleta en el zaguán de la pesebrera de Alcides Palacio. Hizo a pie el resto del trayecto. Era una noche tibia y serena. La mochila terciada a la espalda, agachándose, Leonardo venció una alambrada y luego atravesó el solar boscoso de Eduvigés Angulo, desembocando en el muro trasero de la casa de Nazaret. Escaló la alberca y saltó al interior. Una película de luz lunar lo retrató junto a los rosales.

Era muy joven, veinte años, cuando más. De buena talla, cabello castaño, ojos zarcos. Se llegó a la puerta y dio los golpecitos convenidos. Nazaret le abrió enseguida, lo asió del cuello de la camisa y, con la fuerza de una leona hambrienta, lo entró de un empujón, cerrando la puerta de un envión en el mismo movimiento. Estaba desnuda. Una cama enorme vestida con una felpa roja llenaba casi toda la pieza. En una repisita, una veladora encendida ante una imagen de la Virgen María. Un nochero aquí, una silla allá. Las paredes empapeladas con láminas de mariposas de todo género.

Nazaret tomó del nochero la cajita de cristal.

–Tu vitamina –dijo ofreciéndosela a él.

Dentro había una rosa roja, del mismo rojo encendido que la felpa del lecho, tan fresca que se veía perlada por gotitas de rocío. Sí, tan fresca que parecía viva.

Leonardo quitó la tapa y agarró la flor por el breve tallo. Uno a uno fue desprendiendo los pétalos y comiéndolos, goloso y avaro como un escolar con su galleta. Una vez dio cuenta de los pétalos, engulló el tallo sin librarlo de las púas. Satisfecha, Nazaret lo veía hacer. Recibió la cajita de manos de Leonardo y la guardó en la mochila de éste, echando también como al descuido unos billetes.

–Mañana, la virgencita sin falta, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

–Yo no dejo de cuidar los rosales.

–Lo sé. Tus rosas me convierten en un héroe en la cama, pero ojalá me dieran también la suerte en el juego. Estoy salado con las cartas.

—De buenas en el amor, de malas en el juego. O viceversa. Así es la vida. A mí me basta con preservar la pasión. Es la fuente de mi felicidad. No le pido otras virtudes a la virgencita de los campos. Desde niña como mariposas. He probado de muchas clases, tamaños y colores. Un día un vejete que dijo vivir por las Landas y que nunca he vuelto a ver pasó por aquí con un frasco lleno de mariposas. Se lo compré. Entre ellas había una que no conocía: la virgencita. Con la virgencita hice un descubrimiento: estimula la pasión. Mi vida es la pasión. ¿Recuerdas cuando te colaste en mi patio y me lloraste amores?

—Me dijiste que solo te acostarías conmigo si te traía una virgencita de los campos. Me hablaste del viejo de las Landas. En vano traté de hallarlo. Yo mismo tuve que darme a la tarea de atrapar la mariposa. Te la traje.

—Esa noche viniste después que salí del trabajo y comiste la primera rosa.

—Todavía no creo mucho lo de la dieta de rosas, aunque debo admitir que esta arrechera no es normal.

—Quizás sea cuestión de fe. ¿Te dan ganas de estar con otra?

—No, solo contigo. El regusto de las rosas se demora en la boca, en el cuerpo. He pensado que les echas algo. Cada noche vengo acá como halado por un imán.

—¿Maleficios? No. Tal vez el rezo del deseo.

Sonrió enigmática. Agregó:

—No deberías volarte cuando me traes la mariposa.

-Huyo de puro miedo. Creo que no estaría vivo. Me has dicho que haces la siesta después de comerte la virgencita. Quizás esta digestión atempere tu apetito. He visto que te transformas al entregarte la mariposa. Por eso me evado en seguida. Recuerdo historias de bacantes y cojo las de Villadiego. Además, no quiero exponerme a que uno de tus patronos me dé un balazo.

-¿Bacantes?

-Descuida. No me prestes atención. Son cosas que leo en libros.

La leona atrapó a Leonardo, lo sacudió, lo lamió, lo cabalgó, lo volteó de un lado y del otro, por último, tomó la dura bellota de su sexo y la lamió en unos mimos y unos arrobos de experta cortesana, adorada caricia, eso sí le gustaba a él, por eso se resignaba a esos trasegares de cazar raritas virgencitas del campo para colmar los extravagantes caprichos gastronómicos de ella, porque no comía otra cosa, ella decía que esa parca dieta lepidóptera le daba la belleza seductora y la pasión inextinguible, hasta que Leonardo comenzó a gemir, a gemir de puro goce y el gemido degeneró en una queja honda, ahogada, de animal extasiado e irredento. Explotó. Y ella lamió y bebió el abundante semen y se lo untó en las manos y con las manos se untó la cara, los labios, el vientre, los senos. Entonces él la tomó y la montó, la cabalgó, penetrándola con vehemencia, profiriendo palabrotas, desgñándole el cabello, atizándole palmadas en las nalgas y ella gemía y se contorsionaba y gemía y se deshacía en confesiones de contento y peticiones de demasías. Él se detenía y la acariciaba donde a ella le gustaba más,

en la bellotita carnosa, sensible, erecta de placer como otro pene en miniatura. Él acompañaba la caricia, le buscaba variantes placenteras y ella abundaba en gemidos arrastrados, ondeaba el cuerpo, cerraba los ojos en éxtasis, de pronto se huracanaba y pedía ser cabalgada de nuevo y Leonardo la cabalgaba con ímpetu desbocado, sudoroso, y ella así, así, más, todo, dámelo. Él reventaba. Ella se mojaba adentro, calentito adentro y la bellota de él quedaba apresada entre dos poderosas y palpitantes paredes férreas. Un abrazo de llenura y de dicha los desgonzaba. Pero no los saciaba.

Reanudaron hasta el hartazgo el invento siempre nuevo del amor, mientras en el patio la luna iluminaba los rosales y en las Landas la virgencita de los campos plegaba su azul, reposando hasta la irrupción del día.

III.

Nazaret lo despidió en la madrugada, antes que comenzaran a trasegar los primeros viandantes. Leonardo deshizo sus pasos: escaló la alberca, saltó al patio boscoso de Eduviges Angulo, lo atravesó, se agachó en la alambrada y emergió a la calleja. Luego caminó hasta la pesebrera de Alcides Palacio, tomó la bicicleta del zaguán, la montó y pedaleó de regreso a casa. El aire había refrescado. El efluvio lunar era como un débil jalbegue. Leonardo sentía sueño. Debía dormir unas horas. Como de costumbre, entrado el día, le aguardaba el trayecto a las Landas. Un lazo fuerte lo unía a Nazaret, lo mismo que al juego. No podía fallarle con la virgencita

diaria. Ella lo abandonaría, se lo había jurado. ¡Abandonarlo! Si el dejo de las rosas aromaba su cuerpo y relajaba su espíritu. Además, lo que perdería: se privaría de una hembra excelente y del dinero con que sostenía el vicio de las cartas. Algunas veces había pensado en traicionarla: se comería la mariposa para comprobar si era cierto que azuzaba la pasión. Si era verdad, se conseguiría otras amantes que lo mantuvieran. Las dominaría a punta de bellota. No querrían dejarlo. Sin embargo, la seguridad de la plata a cambio del encargo rutinario de la mariposa le garantizaba sus expansiones en el garito. Así que nunca se atrevió a perder esa gabela. Por otra parte, le repugnaba la idea de comer mariposas. Era distinto con las rosas. Los pétalos hasta sabían sosos. El tallo y las espinas sabían mejor, agridulces. Esos pensamientos desleales eran pasajeras nubes en el claro cielo de su devoción. Quizás lo más bello de ese romance era compartir el secreto de la pasión. Habían convenido mantener su amor en la clandestinidad. Los benefactores de Nazaret eran los caciques del pueblo. No verían con buenos ojos que un pelagatos con ínfulas de poetaastro les hurtara aunque fuesen unas migas de su festín. También habían acordado que Leonardo se mantuviera a una distancia discreta. Así se habían imbricado en una deliciosa red de inteligencias. Leonardo era jugador tenaz, pero hacía poca amistad con el licor, de modo que Nazaret estaba a salvo de un estallido de celos las veces en que el muchacho se daba una vuelta por la zona, debilidad a la que casi ningún hombre es inmune, pues la tentación de la disolución

ronda a todos. Incluso era saludable que lo hiciera, que despistara sospechas hablando con otras mujeres aunque nunca se fuera con ninguna. Tenía fama de bicho raro. Era un joven tranquilo, despreocupado. Su imagen era consubstancial con la imagen de la paleta en que se transportaba. Siempre llevaba algún libraco en la mochila. A veces se lo veía escribiendo cosas en una libreta, con gesto de absoluta concentración y hasta lelo. Esta madrugada, al regresar a casa, venía feliz de haber amado.

Nazaret pensaba en él. Acostada en su lecho, todavía sin dormir, lo imaginaba yendo en su bicicleta mientras el alba se aproximaba y de su cuerpo, como de una tierra fértil y abonada, brotaban lozanas flores policromas. Todo él era tallos y hojas y flores y él iría en su bicicleta como una dádiva de amor al nuevo día. Todo él aroma embriagante. A su paso el pueblo despertaría fascinado por la fragancia y la gente marcharía tras Leonardo y se asombrarían de ver un rosal pedaleando una bicicleta, retratado sobre los arrebales del sol naciente. No verían al vago de la bicicleta sino una mata preñada de rosas desplazándose en dos ruedas. Y ese aroma impregnaría todo. Olería a rosas, claro, pero también a semen y a sudor de perineo y un poco a vinagre baba de sueño. Olería a ciénaga y a pulpa de mango y también a panelita de leche. Olería a lo que huelen los atardeceres y al perfume barato de Georgina, la gorda monumental que todas las noches se empotra en la ventana de su cantina a despedir con tristeza el barco resplandeciente de la felicidad, en el que nunca alcanzará pasaje. Olería quizás a ilusiones

trabajosas y gastados anhelos. Olería a eructo de mariposa deglutida, a grajillo y también a muelas podridas. Olería a calle olvidada, a manteca percutida, a vallenato triste. Olería a soledad. Pero la muchedumbre iría festiva, en un vocerío de exaltación. Y el rosal que era Leonardo, las flores con pedales, conducirían al gentío hasta un recodo imprevisto que al doblar les mostraría el prodigio de un inmenso palo de mango florecido. Entonces de todos los corazones desaparecería ese sombrío sedimento de miseria y los hombres hallarían la tierra del amor, como la había hallado ella en brazos de Leonardo.

Oliendo a Nazaret y a rosas, Leonardo llegó a su casa y se tiró a dormir. La cama estaba desarreglada, la ropa tirada de cualquier manera en una silla y en el piso. Vivía solo. Su madre, mujer de modo, residía en su hacienda, no lejos del pueblo. Se aparecía cada dos o tres meses, para atender sus negocios y echar un vistazo al buena vida de su hijo. Avara, y pensando en lo botarate que era éste, no solía dejarle mucho dinero. Lo dejaba vivir a su antojo, sin azuzarlo a estudiar o trabajar, pues sabía que, muriendo ella, todos sus bienes pasarían al muchacho, hijo único. Leonardo se había conformado con terminar el bachillerato. El tiempo que no dedicaba al amor lo dividía en el ejercicio de sus dos pasiones tenaces: el juego y la poesía. Pero ahora éstas iban siendo eclipsadas por el amor.

Durmió hasta las diez. Al despertarse, se asomó a la puerta: le gustaba mirar el cielo y las nubes sobre el monte del Codego. El sol

resplandecía y el calor incordiaba. En el extremo de la acera descubrió a Pedro, el vecinito, un muchacho de doce años, de aspecto limpio y vivos ojos negros ribeteados de grandes pestañas. Pedro estaba sentado en la fresca losa de cemento, en sentido opuesto al de su observador. Sin duda buscaba el fresco del alero de la casa de Leonardo, pues las viviendas del frente, donde vivía el niño, nomás abrir el día eran castigadas con la lumbrarada ardiente del sol. Leonardo pensó que el jovencito estaría leyendo un libro con ilustraciones, lo cual le gustaba sobremanera, por eso se acercó cauteloso, para espiarlo sin necesidad de perturbarlo. Pedro estaba tan enfrascado en su tarea que no sintió la proximidad de Leonardo. Éste se le arrimó más y más, casi hasta tocarlo. Se inclinó un poco y espió por sobre el hombro del muchacho. Lo que vio le horrorizó. La tierna y regordeta mano de Pedro asía una libélula viva. Con el índice y el pulgar de la otra, el muchacho desprendía, una a una, con diestros tirones, las alas del insecto y las dejaba caer al piso sin cuidarse de ellas. Sostuvo ante sus ojos el cuerpo amputado de la libélula como si se deleitara de una proeza ególatra y, con un alfiler, le reventó los ojos. Su rostro estaba sereno, imperturbable, absorto. Leonardo le espetó:

–Pedro, ¿qué haces?

El muchacho guardó el alfiler en el bolsillo de la camisa.

–Torturo libélulas –dijo, despreocupado, depositando el insecto en una bolsita.

–¿Qué es eso?

–Mi colección.

–Muestra.

El chico abrió la bolsa. Leonardo trató de dominar su horror. Dentro había cinco o seis libélulas con las alas cercenadas y los ojos reventados. Estaban vivas y se rebullían nerviosas en el infructuoso intento de batir el aire con las alas ausentes. Leonardo sintió en el estómago la sosez de la náusea. Estaba aturdido.

–¿Por qué lo haces?

–Me gusta verlas chapalear.

En ese momento la madre del chico recortó su mastodóntica figura en el marco de la puerta.

–¡Pedro! Ven acá, Pedro –llamó.

Pedro guardó en el bolsillo la bolsa de las libélulas.

–Adiós, Leonardo –se despidió, poniéndose de pie–. ¿En estos días me lees otro cuento como ese de Jim y los piratas? Me gustó mucho.

–Está bien.

–¿Prometido?

–Prometido.

El niño saltó a la calle y cruzó a la carrera el inclemente resplandor, bajo la mirada enternecida de la madre. Una mirada que parecía derretirse en amores y decir: “Mi muchacho, ¿no es lindo mi muchacho?”

Con un movimiento de cabeza Leonardo saludó a la mujer y entró. No cerró la puerta. La piel se le erizaba en una sensación desagradable al recordar las libélulas torturadas y la angélica

impasibilidad del muchacho. Todavía pensaba en ello mientras se bañaba, y luego, mientras se vestía, y más tarde, cuando se preparaba un rápido desayuno de recluta. Momentos después pedaleaba por la polvorienta carretera, regocijado de amores, de poder llevarle su desayuno lepidóptero a Nazaret. Ella se levantaba pasado el mediodía. Un ansia intolerablemente deliciosa colmó su ser al pensar en el garito, en la mesa de juego, en el vaivén de esas cartas manoseadas en las que los jugadores proyectaban oscuros impulsos. Pero volvía a pensar en las libélulas, cómo el chico les reventaba los ojos con el alfiler, y se estremecía de fastidio. Anheló la llegada de la noche y la infalible cita, la golosina de la rosa y del sexo. Solo figurándose cómo Nazaret lamía su crecida bellota pudo desalojar de la mente el horroroso recuerdo de las libélulas amputadas y relajarse y pedalear imaginando que iba a la playa y se bañaba en el mar. Debo hablar con Pedro, se dijo. Ese pequeño verdugo de libélulas. Sin embargo... ¿no comía mariposas su amante? Pensó en la vida y el amor como en una relación de voracidades recíprocas, ceremonias donde el goce de músicas divinas solo es posible si las Ménades despedazan a Orfeo. Él proveía de mariposas a La Come Mariposas. Pensó en los monstruos de Dalí, en los seres que son dos y hasta tres en uno, en huesudas manos sosteniendo mariposas cuyas alas son pétalos que se arrancan salmodiando conjuros de amor: “me quiere, no me quiere...”

Avivó el pedaleo. Eructó un vaporcillo de pan, en el que se enhebró la amada fragancia de la rosa de la víspera. Pedaleando por

la carretera, yendo en pos de la enésima mariposa que sería sacrificada a las brasas viscerales de Nazaret, fue más indulgente con Pedro. Su alma de niño comunicaría algún misterioso amor a las libélulas torturadas. El amor es monstruoso, se dijo. Nos exalta y deglute junto con mariposas, libélulas y rosas.





MATEO O LA
INVULNERABILIDAD
DE LOS SUEÑOS

MATEO NO OLVIDÓ NUNCA EL CUENTO DEL CONEJITO. Al contrario, cada vez que venía al apartamento, preguntaba por él con crecido entusiasmo. En cualquier parte de la vivienda que me encontrase arrimábase el niño a asirme, a arrastrarme casi hasta el cuarto para que le mostrase dónde había dejado el conejito. Es que había sido en mi cuarto donde, una tarde que ahora no recuerdo bien, inventé para Mateo la historia del conejito. La había inventado para librarme de sus preguntas importunas, de sus manos inquietas, de sus pies sobre mi cama cuando me hallaba estudiando. Entonces fue muy sencillo crear la fantasía del conejito. Fue casi como insinuarlo. Pero también hubo que contarlo. Entonces yo le había contado al niño –esa tarde en la que seguramente estaba hasta los pelos con trabajos de la universidad–, le dije que buscara al conejito, uno que yo había dejado debajo de la cama y que, por lo visto, siempre permanecía allí. Y Mateo se puso a buscar al conejito debajo de mi cama. Y así mantenía entretenido al niño mientras estudiaba. Y como él no encontraba ningún conejito, como por ninguna parte identificaba nada parecido a la idea que tenía de los conejitos, dejaba de buscar y venía a decirme que ahí

no había ningún conejito. Entonces yo le decía, no más por librar-me de él, que buscara debajo de la otra cama, o si no en el escapa-rate o en el rincón de la mesa de planchar y hasta entre los libros, porque, sabes, le dije, el conejito camina por todo el cuarto. Él se-guía buscando y yo la espalda doblada sobre el escritorio. Para esa época el conejito era privilegio único de mi habitación y, aunque ésta no tenía puerta, yo lo había encerrado en sus fronteras y el niño no lo buscaba en otro lugar. Claro, puede pensarse que fue una falla mía haber restringido el hábitat del conejito a los límites de mi pieza. Si lo que deseaba era alejar a Mateo para que me de-jase estudiar tranquilo, para que no trastornase las cosas, lo más sensato hubiera sido apartarlo, con la historia del conejito, del mismo cuarto, no dejarlo debajo de las camas o dentro del escapa-rate donde el niño, de todos modos, iba a revolverlo todo, y, sea como fuera, no me dejaría concentrar con su preguntadera; sino que había que decirle que el conejito estaba en la cocina o en el baño o en algún otro sitio, para que él se fuese a buscar por allá... pero sucedía una cosa, el conejito era creación exclusiva de mi cuarto y, al comienzo, tanto el niño como yo nos acomodamos a él. Entonces hubo que hacer de verdad al conejito. Era algo así como ponerle cabeza, patas y cola. Algo como inventar, cierta-mente, alguna cosita que, en el magín de Mateo, se ajustase al con-cepto del conejito, algo que lo dejase contento y que lo entretuvie-se, tal que si yo le decía, por ejemplo, el conejito está debajo de la cama, él buscara allí y encontrara al animalito y jugara con él y

podiera arrojarlo al aire y recogerlo otra vez en las manos. Así fue como nació el conejito. Al principio tuvo forma de calcetín, de pantufla, de simple trapo, hasta de zapato y de otras cosas menos convincentes. Pero Mateo se adaptaba, con cuánta presteza, a cada cambio de forma. Entonces venía a mi cuarto, me preguntaba dónde había dejado al conejito y yo, por lo general ocupado con mis libracos, pesquisaba con la mirada en derredor algo que se pareciese, más o menos, al animalito. Luego, el niño se encaramaba en el escaparate o se perdía debajo de las camas para agarrar al conejito. Creo que el niñín se adhería tan fácilmente a las diversas presentaciones de conejito que yo le creaba cada vez era debido a la sensación de inmovilidad que caracterizaba a esos objetos y que él asimilaba en su cabeza. Esa noción de inmovilidad era lo que hacía posible el invento. Porque, indudablemente, de haberle indicado al niño, al ver pasar una cucaracha o un ratón, que eso que se movía era el conejito, que lo tomara y jugara con eso, a lo mejor salía corriendo espantado, gritando. Es que los más de los chicos parecen contrarios a toda idea de movilidad vertiginosa, al menos en cuestión de juguetes. Ellos prefieren las cosas que se dejan maniobrar, que se quedan sumisas en sus manos, que no intentan escaparse, y si lo hacen, estén en condiciones de dar un paso o apretar un botoncito de control. Creo que fue por esto por lo que Mateo se acostumbró a todas las figuras de conejito que yo le mostraba. Porque podía jugar a su antojo con ellas, estrangularlas, lanzarlas al techo, pisotearlas, arrancarles la cabeza. Hasta que un día

me preguntó si los conejitos también hablaban y yo le respondí que sí. En adelante, mientras él jugaba con el animalito, yo, desde mi escritorio, adoptaba cualidades de ventrílocuo y decía los parlamentos que, según el niño, hablaban los conejitos. Por ejemplo, cuando el niño le preguntaba al conejito si le gustaban las galletas, hurtando el cuerpo yo tenía que responder sí o no y por qué con una voz de conejo que tuve que inventarme a la carrera. Y cuando él quería que el animalito cantara, yo tenía que cantar. Y cuando quería que le contara cuentos, yo tenía que contarle cuentos. Y cuando quería que dijese jueputamaíca, yo tenía que decir jueputamaíca. Total, que solo descansaba cuando él se aburría y, estrangulando al conejito o tirándolo por ahí, se iba a su casa –vivía en el bloque contiguo al mío–. Para entonces aquello se iba tornando más que una incomodidad. Y siempre que él venía yo trataba de esfumarme. Porque ya estaba harto con mi voz de conejo y a veces, en el salón de clase o con mis amigos, se me soltaban pedazos de conversación con mi voz de conejo, una voz ronca, rapidita y dientoncita, por supuesto. Y la gente se reía. Y cada día me asaltaba más esta voz de conejo y me hacía pasar malos ratos. Mas no podía escaparme de la incansable maravilla del niño y el conejito. Y cada vez que venía era corriendo y alzando el grito conejito, conejito. Yo me había escabullido del cuarto y me escondía en el baño o tras una puerta. Pero él inquiría por mí como un loco y alborotaba y me llamaba, enardecido. Y cuando no me encontraba, comenzaba a llorar o a quebrar porcelanas o a dar golpes en las puertas hasta

que mi madre o uno de mis hermanos le contaban dónde me había ocultado, y yo tenía que abandonar mi escondite y señalarle otra forma de conejito que, diligentemente, buscaba por ahí. Después mi cuarto se llenó de niños que venían de la calle, arrastrados por la cara de cachorrito alegre de Mateo, que querían ver al conejito. Y esto ya no lo soportaba nadie. Ya no podía estudiar ni estar tranquilo. Tampoco podía resistirme al júbilo torrentoso de los niños. ¡No podía resistirme! Y entonces tuve que inventar –para sacarlos de mi cuarto y entretenerlos– juegos de escondrijos y ensanchar los dominios del conejito a todos los puntos del apartamento. Luego, cuando ellos venían, les contaba de la nueva apariencia que había tomado el conejito y los azuzaba a que lo buscaran. Quien lo encontraba tenía un premio: confites o el animalito para él solo. Entonces todos se lo disputaban como bárbaros. Y se trepaban a las camas y descomponían todo y quebraban esto y aquello. El colmo, se ensañaron, malévolos, con el conejito. Lo llevaban al lavamanos –que habían llenado de agua– y lo ahogaban (yo tenía que boquear como conejo que se ahoga) y en seguida lo resucitaban y, riéndose, casi sofocados, lo hacían proferir palabrotas (yo tenía que proferir palabrotas) hasta que, cansados, sacaban al pobre zapato o calcetín, lo tiraban, chorreando agua, al suelo, y lo dejaban abandonado como un verdadero náufrago. Mis cosas en el mundo exterior se habían complicado demasiado. Apenas podía creerlo, pero ya me expresaba más como un conejo que como una persona normal. Era tan extraordinario este lenguaje de

conejo, que ya estaba desesperado. Cuando salía de casa y me paraba en la esquina a esperar el bus, a mis oídos llegaban trozos de comentarios de los vecinos, quienes, tras las ventanas o en las puertas de las tiendas, murmuraban: “ahí va el conejo”, “el único conejo que monta en bus”, “conejo taciturno”. No pude aguantar más e inventé la muerte del conejito. Fue más fácil de lo que pensé. Más fácil, incluso, que crearlo. Y su muerte pareció servir de solución a muchas cosas que ya eran aberrantes. Por ejemplo, la manía indecente que había adoptado de proferir palabrotas cada segundo y en cualquier parte con mi voz de conejo, algo que molestaba sobremanera a la gente y que me había endosado varios problemas. La muerte del conejito fue una muerte lenta y deliciosa y el pobre Mateo tuvo que sufrirla en carne propia. Porque él fue el único que no se acostumbró. Porque los demás niños sí se acostumbraron. Ocurrió una tarde como todas las tardes y los niños, Mateo a la cabeza, habían venido a jugar con el conejito. Y esta vez no estaba dispuesto a soportarlo. No estaba dispuesto a hacer de conejo ni a gritar palabrotas ni a cantar. Y cuando ellos se me echaron encima gritando conejito, conejito, yo no me inmuté. Y ellos repitieron braceando y pataleando, conejito, conejito, y yo, apasionado como ellos, braceando y pataleando y gritando, porque ya lo había pensado, les dije: “Se murió, el conejito se murió”. Y ellos frenaron en seco, mueca de asombro, y era como si una marea incesante estuviese haciendo su reflujó en ellos, devolviéndose. Algunos se quedaron todavía con los brazos levantados y

pataleando quedito y diciendo, en un susurro, conejito, conejito. Y yo les repetí, también en un susurro, “se murió”. Todos los niños lo aceptaron, menos Mateo. Yo tampoco he aceptado completamente la muerte del conejito. De vez en cuando, alta la noche, me despierto sobresaltado, profiriendo con voz de conejo: jueputamaíca.

Todavía, de vez en vez, Mateo se llega hasta mi cuarto y, cual si no hubiera ocurrido nada, se me acerca y me pregunta dónde está el conejito. Y yo le contesto: debajo de la cama, como si no hubiese ocurrido nada. Y Mateo se mete bajo la cama y saca un zapato y lo tira hasta el techo y lo recoge en las manos y canta conejito, conejito, y yo, ventrílocuo, comienzo a cantar con mi voz de conejo.

Es que a los conejitos que se inventan en el cuarto de un solitario no hay quién los mate.



EL DULZOR
DEL VERANO



AL MEDIODÍA, DESPUÉS DE SALIR DE CLASES, MI VIDA tomó un rumbo imprevisto. Me había rezagado prestando unos libros en la biblioteca. La riada de estudiantes casi se había esfumado cuando desemboqué en la esquina y como de casualidad me vi conversando con la profesora de español en el trayecto del colegio al parque.

Treinta y cinco años, de aspecto agraciado, un asomo de bigote confiere un matiz interesante a su rostro. Se llama Alba. Es casada. Tiene dos niñas. Su esposo es agrónomo o algo parecido. Por su oficio, debe viajar a menudo, ausentándose varios días. A Alba no parecen molestarle mucho estas vacaciones continuas de su marido. Es locuaz y desenfadada con los hombres, sobre todo con los colegas. Sin embargo, es femenina.

Ella viene comiendo un trozo de granola. Un instante atrás me ha ofrecido.

-Muerde...

Pero yo, por timidez, había denegado.

Algo en sus palabras disipa mi aburrimiento. Las clases te dejan cansado, con hambre. De pronto estamos hablando de gustos y ella dice:

—Me gusta la granola... y los hombres.

Había cambiado de tono al pronunciar la última frase. Un mohín de picardía se pintó en su cara. Me miró. Yo no pude disimular mi embarazo, ahí mismo mi miembro se alebrestó.

Advierto que algo no marcha como de costumbre. Conforme nos alejamos del colegio, la voz y los gestos de Alba se hacen más insinuantes. Recuerdo las fanfarronerías de Martín, el más crecido y avisado del grupo: “Esa vieja aguanta. Yo soy capaz de hacerle el trabajito. Se ve que es arrecha”. Azuzado por la evocación de estas ordinarièces, mi miembro da cabezadas furiosas, que me hacen evocar los tirones del anzuelo cuando los peces pican la carnada. Mi turbación llegó al límite al oír que Alba decía:

—Tuerzo por aquí. Vivo dos cuadras adentro. Oye, ¿no quieres almorzar conmigo? Acéptalo como premio: eres el mejor de mi clase.

Alba soltaba esos cumplidos así no más. Un día me asomé a la reja de la sala de profesores en busca del de química. Solo Alba estaba allí. Deja de calificar unos exámenes, viene hasta la reja, me mira sin vacilar y dice: “Tienes pestañas hermosas, ¿sabes? Todas crespas”. Lo único que atiné a decir fue “Gracias, profe” y me alejé azorado.

Durante todo este tiempo había venido mordiendo la granola, masticándola. Algunas partículas de maní se habían prendido en sus dientes.

Alba “aguantaba”, como decía Martín, pero jamás había

cruzado por mi mente tener algo con ella, menos una aventura. Era la profe. Me agradaba su clase, Quevedo me traía enlunado con sus sonetos, siempre obtenía notas sobresalientes, es verdad. Sin embargo, de ahí a imaginar algo con Alba... De veras que no.

Otra cosa opina mi miembro, al que siguen espoleándolo las palabras necias de Martín, lo mismo que el cuerpo firme, el cabello negro y la blusa malva, con transparencias, de Alba. Mi miembro está encabritado. Caminando junto a ella, intento cubrir con la mochila la hinchazón púbica. El deseo me enloquecía. No sé si ella lo notaba. Yo trataba de aparentar calma. Bueno estaba hecho un lío. Acepté.

Vive en una cuadra de casas iguales, de dos pisos, gratas a la vista. Ocupa la segunda planta. Los búcaros de la esquina encienden el día con sus flores y el aire tiene la nitidez y el dulzor del verano. Al subir las escalas detrás de Alba mi cuerpo es un ser extraño licuado en el ansia y en el embriagante efluvio del estío. Siempre me gustaron los búcaros, la luz de su floración. Me gustan las calles iluminadas por el sol, cortadas como a cincel por la claridad. Me gustan los pastos verdes, abundantes, altos. Nunca he sido muy sensible a los perfumes, pero al subir las escalas tras Alba su cabello exhala un aroma que me hizo recordar los pastizales, los caballos.

Antes de que Alba alcanzara la puerta, ésta se abrió. Quedé paralizado. Una joven con el uniforme del colegio se despedía de una mujer ataviada con delantal. La muchacha me miró, y luego miró a Alba. Observé que contenía su sorpresa. Oculté mi confusión

lo mejor que pude. Era Sofía, una alumna de décimo B que se me insinuaba a menudo, a la cual no hago caso. Alba la saludó con naturalidad. Yo levanté las cejas y tartamudeé un “hola”. Sofía me devolvió el “hola”, cambió palabras corteses con Alba y dijo:

–Adiós.

Alba saluda a la mucama. Yo hago lo mismo y traspaso el umbral. La mujer del delantal cerró la puerta tras nosotros.

–Sofía es mi vecina. Somos buenas amigas –dijo Alba, tal vez tratando de atenuar mi desconcierto–. Sigue. Sí, pon la mochila en el sofá. Siéntate.

Me siento en la salita, que está a un paso.

–Resfa... ¿Todo en orden con las niñas?

–Sí, doña Alba. Almorzaron y marcharon al colegio.

–Muy bien. Sirvenos el almuerzo, por favor. ¿Qué preparaste?

–Fríjoles.

–Eh, chico... ¿te gustan los fríjoles?

–Sí –contesto, cohibido.

La mucama es apenas mayor que Alba, de rasgos ordinarios. Ojos sonreídos. Discreción repleta de sobrentendidos. Sirve el almuerzo. Nos sentamos a la mesa, comemos.

–Resfa...

–¿Sí?

–Necesito que vayas al parque a hacerme un mandado. Toma, compra verduras para la cena.

–¿Todo esto en verduras?

–Sí.

La mucama guarda el dinero en el bolsillo del pantalón, se quita el delantal.

–Hasta luego.

–Hasta luego.

–Escoge bien las verduras.

–Sí, señora.

Se despide y sale.

Después de almorzar nos sentamos en la sala. Alba trae del estudio un libro de un escritor uruguayo.

–Escucha esto: “El amor es la cosa más jodida y contagiosa”. ¿No es simpático? ¿Qué te parece?

–Simpático.

–Oye esta.

Así transcurren los minutos, ella lee trozos y me pregunta qué opino. En realidad, ese escritor no es de mi agrado, mas aparento conformidad, cierto entusiasmo, acaso debido más a la atracada de frijoles (amortiguo los eructos) que al placer provocado por los fragmentos. En cierto modo he descubierto el juego de Alba y decido jugarlo. Sé que algo está por desenmascarse. En un fogonazo de clarividencia acoplo las piezas del puzle y entiendo. Alba ejercita los últimos pasos del asedio. Un asedio que fue urdiendo con piropos, con préstamos de libros, con insinuaciones cuando se acercaba a mí en los descansos y platicábamos. Sé que la mucama tardará más de lo acostumbrado. Sorprendí cierta complicidad en

la mirada de las dos. No me siento defraudado. Al contrario, mi orgullo varonil acepta el halago.

El almuerzo atempera mi rijosidad. Me ataca la modorra. Justo entonces ella invita:

–¿Un tinto?

–Bueno, ¿tiene leche?

–Sí. ¿Lo quieres con leche?

–Sí.

Alba se ausenta. Prepara las bebidas. Las trae. Las bebemos al amor de otro libro. El turno es para un volumen del horóscopo. Ella ha puesto música clásica, un Beethoven. El ambiente se torna íntimo, sugestivo. Tampoco hago buenas migas con esas vainas astrales. Simulo.

–¿Eres Piscis? ¡Ah! Soy Libra. Nuestros signos convergen.

De pronto, le ataca la tembladera, un frío irracional. Sus dientes castañetean. Su cuerpo es sacudido por una especie de calambre generalizado. Sus ojos languidecen. Su respiración es anhelante. Intento preguntarle qué le pasa, pero ella suelta el libro y toma mis manos, me acaricia los brazos, la cara. Me besa, me abraza y se aprieta contra mí. Arde. Su aliento arde. Su cuerpo quema. Está fuera de sí, arrebatada, sedienta, desesperada. La cadencia de los sonetos de Quevedo, polvo serán mas polvo enamorado, se mezcla con la vehemencia de los latidos de mi sangre, con el vértigo del deseo. Me trenzo con ella en los tumbos de los besos y las caricias. Los libros ruedan por el piso. En la sala no, gime ella. Los vecinos

pueden figonear. Me conduce a la habitación de las niñas. Ardientes besos. Caricias. Jadeo. Sus manos queman cuando, entre la camisa, palpan mi vientre, la espalda. Qué delicia. De repente, su mano se posa en la hinchazón de mi miembro. Me electriza. Me quema. La voluptuosidad me estremece. Me siento estallar cuando ella se inclina y besa la protuberancia del pantalón, mi miembro tumefacto, tirante. La música de los sonetos persiste en mi interior. Serán ceniza, mas tendrán sentido. Rodamos en la cama, apartando torpemente los ositos de peluche. Siguen los besos, el manoseo. Me siento desatado. Quiero hacerlo. Intento zafarme la correa, pero ella me detiene.

-¡No!

-¿Por qué?

-¡No! ¡No!

Se rompe el encanto. Se enfría la brasa. Me desinflo. Mi rostro continúa preguntando por qué. El hermoso ritmo de los sonetos recula y se pierde por allá, entre el olor a pasto y melaza del cabello de Alba.

Ella repite:

-¡No! ¡No puedo!

Comprendo. No comprendo. Comprendo. Me levanto, me arreglo. Ella hace lo mismo. Salimos del cuarto. Venimos tomados de la mano, como amparándonos de nosotros mismos, como dándonos ánimo mientras el vértigo pasa. Frente a la consola, suelta mi mano. Se mira en el espejo.

–Se me borró el labial. Voy a retocarme, si no Resfa sospechará.
Quítate las lanitas del tendido.

Qué tontería, pienso. Resfa y la cuadra entera tendrán más que sospechas. A otro tonto con esas excusas. Recuerdo a Sofía. Sofía pensará un mar de cosas. Que piense lo que quiera. Sacudo las lanitas del pantalón y la camisa. Resfa. Al diablo Resfa y las lanitas.

Se retoca. Sus labios recobran el color.

–Oye...

–¿Sí?

–Pensé que eras tímido. Eres candela. ¿Quieres un vaso de agua con hielo?

–¿Quién me atizó? Venga el hielo con agua –bromeo y la miro con picardía.

Sirve dos vasos, los bebemos ávidos, como amortiguando el ardor que todavía recorre la piel. Nos tomamos de la mano. Nuestros cuerpos siguen transmitiéndose los impulsos del goce, mientras el fuego refluye.

–Debes irte.

–Claro.

Tomo la mochila.

De súbito pienso en el marido y el caletre se me calienta con la escena de un crimen pasional. El esposo ofendido disparando contra el amante, o apuñalándolo. Sí, mejor largarse.

–Adiós.

–Adiós.

-Confío en tu discreción.

Por toda respuesta la abrazo y la beso.

II.

En la buseta la sensación del pantaloncillo mojado se trenza en mi mente con la euforia del amor. Como si esta tarde de dones mereciera el sello de una apoteosis, empieza a llover. Las gotas salpican la ventanilla. Las calles se vuelven prietas. Me relamía. Viajo en un globo de dicha. Me encontré con un amigo y hablamos de fútbol. Me dieron ganas de contarle. Me lo guardo. Esas venturas no se cuentan. Me lo guardo. Corrientazos de felicidad cruzan mi cuerpo. La lluvia acrece mi gozo. Siempre me gustó la lluvia. Una mujer me había amado. ¡Caricias! Si mi amigo supiera. Me cuenta del partido del domingo, se lastimó la canilla, tiene un morro ahí, aún le duele. Aparento prestarle atención, pero estoy recordando cómo me besó allá abajo, en qué transporte. Vino bajando, las manos y la cara por mi vientre y se detuvo allí y lo besó. Estaba loca la profe. Bien loca. Recordé cuando borraba el tablero y Martín hacía bromas lascivas. La profe aguanta, es arrecha. Alba. Todo ese artificio de los libros y la música. Y después esos temblores, el castañeteo de dientes, el desespero. En mí no había censura. Había agradecimiento. Infinita gratitud. ¿Era uno más? ¡Qué importaba! Me regaló una tarde hermosa. Pobre marido. Buena colección de cuernos. El domingo vamos a la cancha, me invita mi amigo, que se llama Jorge y es prognato, al mejor estilo de Felipe el Hermoso

y aquellos reyes españoles. Se arman buenos picaítos los domin-
gos. Sí, respondo a todo, sí. Y la lluvia sigue ahí, la lluvia. La veo.
No la veo. Suena en mis oídos. No suena. Existe a ratos. A ratos
no existe. Igual Jorge. ¿Qué hacía la lluvia mientras nos acariciá-
bamos? Se alistaba. Nos daba tiempo. Esperaba, hasta ahora en
que, como un bálsamo o un licor, ungía la vida. Ungía el amor,
aunque los amantes ya no estuviesen juntos. Serán ceniza, pero
tendrán sentido. Polvo serán, mas polvo enamorado. Quevedo.
Ahora llueve y la imagino en su casa, platicando con la mucama,
quizás durmiendo, es bueno dormir. O seguirá anhelando. Ahora,
con la lluvia, seguirá anhelando. O estará acordando con Resfa el
menú de la cena. Ensalada de verduras, qué sé yo. El olor a pasto y
melaza caracolea en mi recuerdo. Amo los pastizales, creo que lo
he dicho. Pero a nadie he dicho aún que al pasar por el pastizal de
la escuela de carabineros experimento tal bienaventuranza que me
saltan lágrimas. El pasto es lozano y tibio como Sofía. Ese pastizal
me exalta, me enternece. Quisiera habitarlo, más que eso, quisiera
injerarme en él, unir su savia con mi sangre. De igual modo sien-
to en mí los sonetos. Así me hizo sentir Alba.

III.

Al día siguiente aguardé el momento de sorprenderla a solas en
la sala de profesores. Tuve que desistir. En clase era imposible in-
tentar un acercamiento. La osadía regresaba a mí. El aroma de su
cabello. La brasa de su piel. Me contuve. En la explicación mis ojos

no se despegaron de su cuerpo. Miré a Martín, pobre fanfarrón. La escuchaba teorizar, nombrar autores, fechas. En vano. Yo estaba en otro mundo. Parecía embelesado. Busqué su mirada. No me huyó. Sus ojos me miraron con aplomo, tal vez con ternura. Cuando pasó entre los pupitres revisando el taller, anhelé que se detuviera en el mío. Lo hizo. Deseé que tomara mi mano y me transmitiera el calor de la suya. No lo hizo. Sentí el impulso de tomar la suya. No, imposible. La hubiese delatado. Incliné el cuerpo hacia mí, examinando mi cuaderno. Sentí de nuevo el volumen de su fisonomía, su aliento, la fragancia de su pelo. Creí enloquecer. Se me paró. Advirtió mi excitación y fue a mirar la tarea de otro estudiante. Al irse, no sé si adrede, su cuerpo rozó el mío. Pensé que se insinuaba, que el juego seguía. En el descanso rondé la sala de profes. Estos bebían café y conversaban cual suelen hacerlo, como aburridos, ahítos, cuando no charlatanes y procaces. Qué especímenes. Alba platicaba con Libardo, el de inglés, un hombre joven, de bigote. La espíé. No dio señas de distinguirme. Bebía su café y conversaba con Libardo. Parecía cansada. Se me antojaron forzadas la amabilidad y la paciencia con que escuchaba al colega, parlanchín sin remedio. Esperé en el pretil. Quizás salga después de beber el café y quiera charlar conmigo. Imaginé que nos sentábamos en las escalas frente a la placa deportiva, a la sombra de los árboles. Así hacíamos a veces. Hablábamos de libros. Alba amaba a Tagore. Había prometido prestármelo. Yo tenía una novela de Dostoievski en la mano. Simulé leer. Mis ojos pasaban sobre la página sin captar

nada. Podía leer diez veces la misma frase sin discernir su sentido. No me provocaba unirme a mis compañeros. El hervor humano me dejaba indiferente. Solo pensaba en ella. Anhelaba que viniera, que me hablara, que me permitiera sentir el olor de su pelo. Sonó el timbre y yo allí. Alba no salió. Aguardé a que se dirigiera a clase, con la intención de abordarla, pero vino en compañía... imaginen de quién... del profesor de inglés. Desistí. Al cruzar junto a mí busqué sus ojos y éstos me correspondieron con una mirada amable, quizás un poco fría. Me apresuré a ir al salón, no fueran a cerrarme la puerta. El profe de ciencias era mala sangre. Volveré a la carga en el otro descanso. Tal vez tenga más suerte.

En el otro descanso la sorprendí en las escalas de la rectoría, sola. El lugar era propicio: la abracé y la besé. Me rechazó. No, no. Aquí, no. No seas loco. Pueden descubrirnos. Me traerá problemas. Yo estaba cachondo. Bien cachondo. Me dijo que necesitaba hablar con el rector, que no la detuviera. Era urgente. La abracé de nuevo, estrujándola contra el muro y busqué su boca. La esquivó. No, no. No seas necio. Harás que me despidan. ¡No! Me empujó y, de prisa, ascendió el último trecho, desapareciendo. Me senté en el rellano y la aguardé. Tardó. La novela de Dostoievski seguía en mi mano. Intenté leer. No pude. Sonó el timbre y me vi obligado a marchar a clase.

A la salida continué el asedio. Pensé que me invitaría a su casa otra vez. Aguardé junto a la sala de profesores. Salió acompañada del de inglés. Me hice notar. Me saludó con una cortesía un tanto

brusca, evasiva. Dejé que se marchara. La novela de Dostoievski entibiaba mis manos, intentaba darme un consuelo que yo, alma irredenta, era incapaz de aceptar. Pensé en papá. Comprendí que bebiera. Su mocita lo había dejado. Puso un denuncia en la inspección para evitar los escándalos que papá le armaba. Una noche le quebró el vidrio de la ventana, y se hirió la mano. Llegó a casa y enseñó la fea cortada como un trofeo de su locura. Mi hermana le hizo la curación. Me sentí abandonado y me compadecí a mí mismo y compadecí a papá. Los búcaros florecidos no me dijeron nada. Quevedo era un fantasma desleído. Polvo enamorado, defraudado, je. Sentí el impulso de perpetrar una travesura: seguirlos. No, para qué acrecer la humillación. Me ataca una desgana que hasta la idea de regresar a casa se me antoja cuesta arriba. Tampoco encuentro ánimo para ir a la biblioteca. Abandono el colegio. En las escalas del pórtico encuentro a Sofía. La dulce Sofía. Me saluda. No sé por qué sospecho que se hace la encontradiza.





LA HERMANA
DE ORFEO

LA FIESTA ERA UNA OCASIÓN: PARA BEBER, PARA COMER.

La fiesta era una ocasión. Débora fue de las primeras en llegar. Se embriagó con el licor de las Antillas, que ingería en generosas cantidades. La música incitaba al baile y Débora, ebria, contorsionó su cuerpo en evoluciones cada vez más excitantes. Acaso en la danza pudiera hallar un clímax. Pero ella no se saciaba. Se hartó de carne asada, carne que todavía soltaba sangre, y no cesó de beber vino. Se sentía eufórica, poderosa. De vez en vez eructaba un vaporcillo con olor a ron y a pimienta. Su piel brillaba como lustrada con un aceite propiciatorio. Sus ojos cenagosos despedían un simiesco fulgor. El exceso la había adentrado en una atmósfera animal, feroz, donde era preciso elegir un amante, esto es, una víctima. Débora era minuciosa, paciente. No acabaría la noche, la fiesta, sin consumir sus apetitos desmandados. En fin, era una mezcla de insolencia y de celo la Débora que en el epílogo del festín se encontró sola y codiciosa frente a su amante de turno. Él no estaba tan borracho, pero su sangre conducía la necesaria dosis de alcohol para tornarlo flojo y espolvorearle un airecillo de inocencia en el rostro. Débora lo convidó a su casa, que mostraba un vago ambiente de paraje

boscoso, orgiástico. En el amor fue brusca, desesperada, violenta. Toda ella se huracanó y se despeñó en una pasión desgarradora, donde los dientes y las uñas –filudos, rencorosos– abrieron tajos en la piel del amado. Su aliento aún exhalaba un tufillo agrio, de carne condimentada y vinosa. Terminado el acto, se desmadejó sobre el amante como una leona harta que no descuida, sin embargo, el cadáver despedazado de su presa. Así se durmió.



